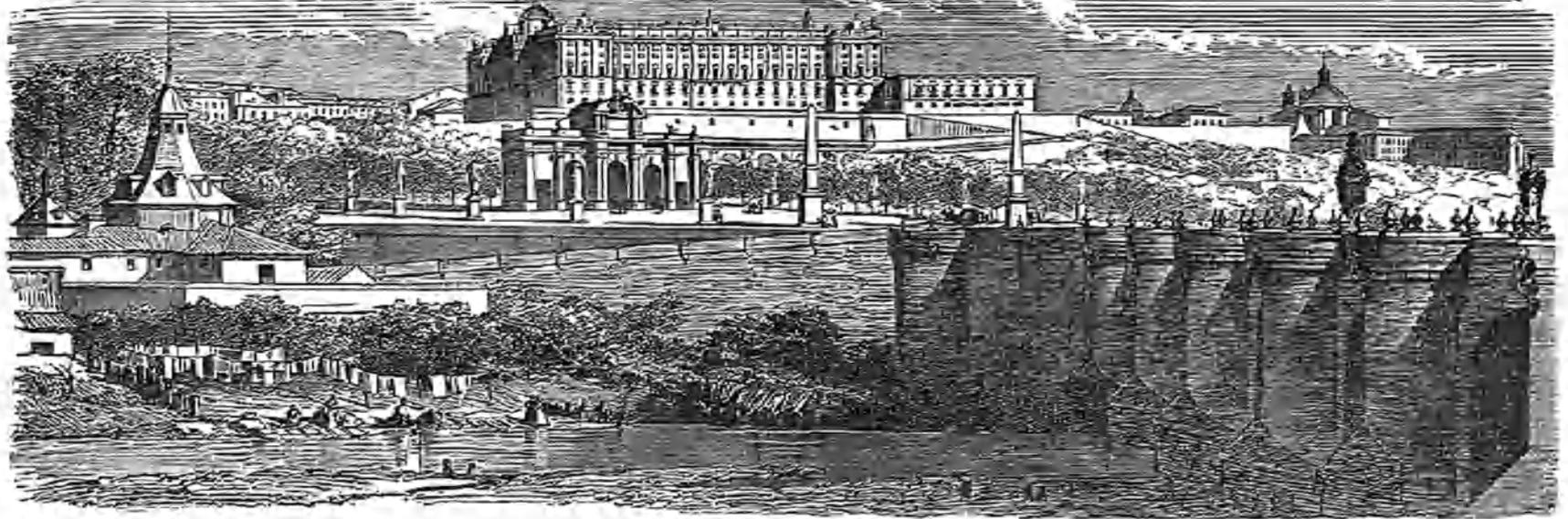


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 13 DE MAYO DE 1872.

NÚM. 37.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Pizarro.—Crónica de la quincena, por D. B. Perez Gallo.—El pintor D. Francisco Domingo, por D. Peregrina Garcia Cadena.—Cervantes y la noche de difuntos (continuación) poesía, por D. Gaspar Bono Serrano.—Más sobre Ochoa (elegía), por D. Juan Quijote de los Ríos.—Teatro, por D. A. Sanchez Perez.—La fiesta de las rosas, por X.—El hombre azul, por D. Peregrina Garcia Cadena.—Revista de los trabajos de las Academias y Sociedades científicas, económicas y literarias, por D. Florencio Janer.—No hay deuda que no se pague... Cuento original (continuación), por D. Alvaro Rosica.—Cantares, por D. José de Puelles.

GRABADOS.—Carrera de caballos en Jerez. Copa regalada por su majestad el rey para servir de premio en las mismas, dibujo de D. Daniel P.—La fiesta de las rosas (Barcelona), croquis del Sr. Revontós, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Don Francisco Domingo y Marqués, fotografía de Laurent, dibujo de D. A. Pareo.—Desmante de la Florida en Asturias, de una fotografía de Laurent.—Sesión literaria celebrada en el Ateneo de Valencia, dibujo de D. Antonio Gomar.—Entierro del pobre (cuadro de Pellicer), dibujo del mismo.—Salida de una partida carlista de Ondárroa (Vizcaya), dibujo de D. Alejandro Ferrant.—Descanso de una columna de tropa destinada á operar contra los carlistas (puente de Burquí, camino de Lumbier en Navarra), dibujo de D. Alejandro Ferrant.

ECOS.

Entre las fiestas literarias con que España ha solemnizado recientemente el aniversario de Cervantes, merece especial mención la celebrada por el Ateneo Valenciano, y de la cual publica hoy LA ILUSTRACION DE MADRID un magnífico grabado cuyo dibujo ha sido hecho por un distinguido artista de la ciudad de las flores.

Apenas hace cuatro años que se inauguró en Valencia el Centro Artístico y Literario á que nos referimos, y ninguna de las halagüeñas esperanzas que

aquella modesta agrupación de jóvenes debía despertar, ha quedado desvanecida. Por el contrario, apesar del corto tiempo transcurrido desde su fundación, el Ateneo ha visto de día en día aumentar el número de sus socios: háse instalado cual cumple á una sociedad llamada á la misión trascendental y provechosa de promover la general cultura; alienta propósitos dignos de su importancia, y ébelle la envidiable honra de haber sido en Valencia el iniciador de una fiesta que revela al par su ilustración y su patriotismo.

Esta solemnidad tuvo efecto en el paraninfo de la Universidad, de que da perfectísima idea el grabado, habiendo sido cediendo dicho local por el digno rector de la misma, Sr. Perez Pujol. Así pudo tener esta función

la esplendor y brillo de que en otro punto hubiera sin duda carecido.

En el centro, bajo el dosel de damasco carmesí, veíase un retrato de Cervantes debido al inteligente pincel de D. Emilio Sala, y regalado por éste al Ateneo. En los ángulos, á derecha é izquierda del retrato, habia grupos de plantas y flores convenientemente dispuestos, en cuyo centro se destacaban dos estatuas de bronce de Don Quijote, en pie en una y sentado en otra, y frente á la mesa presidencial, ocupada por el distinguido escritor D. Joaquin Serrano Cañete, actual presidente de la Sociedad, que tenia á su derecha al alcalde popular y á su izquierda al señor rector de la Universidad, descansaba sobre un atril de maderas, primorosamente es-

culpadas y coronado de laurel, un ejemplar de la primera edición de la historia del *Hidalgo Manchego*, perteneciente á los señores Salvá.

Ocupaban el estrado al delegado del capitán general, el director del Instituto, los decanos del Colegio de abogados, el fiscal de la Audiencia, los representantes de la sociedad Económica, de la de Agricultura, de los cuerpos de la guarnición, del cuerpo consular, de la escuela de Bellas Artes, del Instituto Médico valenciano, de la Diputación Provincial, de la Comisión permanente, de la Academia de legislación, de la de Sanidad marítima y militar, de los Archivos, del Hospital, de las Escuelas Pías, el jefe de Fomento, las facultades de ciencias, letras, medicina, farmacia y filosofía, el brigadier de Marina, comisiones de la Academia de Medicina, el Casino, el Circulo Valenciano y la prensa.

Varios socios leyeron discursos y poesías de los señores Alisal, Llorente, Ruiz Aguilera, Genís, Vera de Leon, Alfonso, Velasco, Labaña, Pizcueta,



CARRERAS DE CABALLOS EN JEREA.

Copa regalada por S. M. el rey para servir de premio en las mismas.

Eserig, Lombart, Irujo y Genovés, leyendo también una composición poética, la señorita doña Luisa Duran de Leon.

La belleza y la elegancia, asociándose al ingenio, ofrecieron aquella noche el homenaje de sus preciosas simpatías á la memoria de Cervantes, viéndose allí reunida la flor de las hermosuras de Valencia.

Esta reseña, que es un breve extracto de la que ha publicado el *Diario Mercantil* de aquella ciudad, da, sin embargo, bastante idea del entusiasmo, solemnidad y esplendor con que el Ateneo Valenciano ha celebrado el glorioso aniversario del príncipe de nuestros ingenios; reseña, por otra parte, completada con el importante y fiel grabado que en una de las planas de este número pueden ver los lectores.

* * *

LA ILUSTRACION DE MADRID, que sigue los acontecimientos sociales y políticos con el lápiz y el buril, ofrece hoy á sus lectores en las páginas de su álbum artístico el reflejo de dos episodios de los muchos que por desgracia ha presentado ya la guerra civil que amenaza ser el azote de España.

Bien quisiera esta publicación no dejar estampada en sus hojas la huella de una lucha fratricida, terrible y dolorosa; pero la índole especial de tales acontecimientos le obliga á reproducirlos, deplorándolos amargamente.

Siquiera el alzamiento carlista haya sufrido desde que se inició golpes tan ruidos como los de Lumbier, Oroquieta y Segura, y por más que al decir de los periódicos favorables al gobierno la insurrección de Navarra haya terminado vencida desde los primeros momentos, es el hecho que amenaza prolongarse la lucha y que será difícil concluir en algún tiempo con las facciones que existen en Vizcaya y Guipúzcoa. El alzamiento carlista de 1873, se diferencia de los de 1869 y 1870 en que tiene mayores proporciones y parece ser un esfuerzo supremo de aquel partido. Nos vamos á encontrar, pues, nuevamente en medio de los horrores de la guerra civil; y la atención pública se preocupará de un modo preferente con las tristes peripecias que ofrecerá sin duda. LA ILUSTRACION DE MADRID, por lo tanto, sin parcialidad para ninguno de los bandos, pues para ella todos son sus hermanos, habrá de continuar en lo sucesivo publicando grabados referentes á los sucesos de este infausto acontecimiento. Hoy publica dos láminas: una de ellas representa la *Salida de una partida carlista en Oñate* (Vizcaya), y la otra el *Descanso de una columna en el puente de Barquá, en el camino de Lumbier* (Navarra).

—

La guerra civil: es decir, la industria muerta por las mismas manos que la daban vida; los pueblos destruidos é incendiados por los mismos que en ellos nacieron, la discordia en las familias; el padre armado contra el hijo, y el hermano contra el hermano, al grito común, absurdo, incomprensible, sacrilego de *Viva España!*

* * *

Las criadas de servicio de Dundé (Inglaterra), han tenido un *meeting* con objeto de formar una sociedad de protección mutua.

Los maritones de las más distinguidas del concurso, sostuvieron la conveniencia de que el trabajo debería durar tan sólo desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche.

Esta pretensión ciertamente no es excesiva. Los trabajadores masculinos ingleses, gracias á las huelgas, han reducido el trabajo á nueve horas diarias, de modo que las pretensiones de las criadas de Dundé no pueden ser tachadas de exageración, y dan una idea de lo mucho que en Inglaterra trabajan las mujeres que se dedican al servicio doméstico.

Trátase también de la necesidad de que la sociedad se ocupara del carácter de los amos.

Estos exigen allí muchos informes, antecedentes, condiciones personales y seguridades para admitir una criada, y ellas entran sin una preparación análoga en casa de los amos; resultando que encuentran amos que las maltratan ó que no las pagan su salario.

—

Sin duda alguna que las amas de casa de España, al tener noticia de esta reunión de fámulas, se creen ya amenazadas por *La Internacional* en el seno mismo del hogar doméstico, y que habrán visto cercano el día en que, gracias á esa organización amenazadora, tendrán

que soltar el abanico y quitarse la sobrefalda de gró para empuñar el espumador y ceñirse el delantal. ¿Qué será de nuestras bellas y elegantes damas el día en que una huelga general de criadas deje huérfanos, entre frias cenizas, los pucheros?

¿Conocen Vds. alguna asociación más terrible, más formidable que la de las criadas? ¿Habrá poder que se colocase frente á frente de esa asociación el día en que esta existiese? Figúrense lo que sería una sociedad que en cada casa tendría un individuo, soldado y espía á la vez; una sociedad en cuyos libros de registro constarían el carácter y opiniones, las virtudes y los vicios, los hechos y las conversaciones diarias de cada familia, tramitados por ese observador inevitable, por esa sombra de nuestro cuerpo, por ese eco de nuestra palabra que se llama criado, especie de diende doméstica que tiene pegada siempre la oreja al hueco de la cerradura, que mira por entre las rendijas de las puertas, que registra en el guardarropa nuestros bolsillos, que lee la carta de amor olvidada sobre la mesa, que trae y lleva los recados más ó menos importantes y misteriosos de la mujer y del marido, que disputa diariamente con la modista y con el sastre en la puerta, que á veces sabe recoger discretamente los lentas que se dejó olvidado un amigo en el gabinete de la señora, ó el pendiente que encontró caído en el cuarto del esposo, imponiendo así su voluntad á este ó á aquella, y que es, en fin, espectador mudo é indiferente de esos dramas familiares que se desarrollan en el comedor ó en la sala, al volver de paseo ó del teatro, con motivo de una jicara de chocolate ahumado ó de un botón que salta de la camisa, entre el volar de platos y fuentes, entre injurias y maldiciones y al son de los gemidos de los niños que se asustan y lloran.

Una asociación como esta sería una palanca irresistible puesta al servicio de una idea y en manos de un jefe audaz y ambicioso. Para librarnos de su influencia, tendríamos que resignarnos á ser criados de nosotros mismos; pero esto no es posible. Es muy cierto que la criada, aun la más hábil, tiene organización imperfecta: la más discreta carece del sentimiento artístico que se necesita para hacer bien cualquier cosa, hasta para espumar el puchero: barrar es, para ella, trasladar el polvo de un punto á otro, de las esteras y las alfombras á los muebles y los cuadros: limpiar, en su criterio, es dar una paliza á todos los objetos con el plumero y los zorros; regar, es con arreglo á su sistema, transformar en embarcaciones, boyas y tablas de naufragio, las sillas, mesas y demás objetos de condiciones marinerías de una habitación: guisar es, así lo crea al ménos, coger un palomino, ponerle en una cacerola sobre dos libras de manteca y seis de carbon, cantar y soplar, y seguir soplando y cantando y añadiendo grasa y combustible hasta que el infeliz animalito quede reducido al tamaño de una avellana; la sisa es para ella una institución legal; y el hablar fuera de tiempo, y el contestar cuando no la preguntan, y el meterse donde no la llaman, son caracteres infalibles de su naturaleza. Y, sin embargo, no tenemos más remedio que tolerar sus desafueros y entregarnos ciegos en sus manos. La civilización, difundiendo la ilustración en la mujer, la ha llamado al mostrador de las tiendas, á los escenarios de los teatros, á los oficios, á las cátedras y hasta la política; la ha separado y alejado del hogar doméstico; y hoy ninguna muchacha que se estime en algo confesará que sabe freír un par de huevos.

—Verdad es que la cocina con el tiempo dejará de ser una necesidad doméstica para convertirse en un servicio público, hecho á máquina y repartido á domicilio como los periódicos y las cédulas electorales.

—

He dicho que una asociación protectora de criados sería una palanca irresistible puesta al servicio de una idea y en manos de un hombre audaz y ambicioso.

Una desgraciada experiencia ha demostrado en nuestro país que para que se realice en él una revolución es preciso asociar al elemento moral de la opinión pública la fuerza bruta representada por las bayonetas del ejército.

Pues bien, es innegable que el ejército sería el brazo auxiliar de la asociación. Id por la mañana á los mercados, ó por la tarde, en domingo, á la plaza de Oriente, á la Virgen del Puerto ó á la Fuente de la Teja, y podréis convenceros de ello. Veréis como cada una de esas Venus nacidas de la espuma del puchero lleva del brazo un Marte con ros y pantalón encarnado. La guarnición entera está diseminada aquí y allá, jurando sobre las cruces de su pecho ser eternamente esclava de aquellas bellezas que les dan su amor y les compran tabaco; que les ofrecen los tesoros de su corazón y de sus sises.

Puede desde luego asegurarse que cada criada de servicio dispone de un cabo y cuatro hombres, que no es mucho teniendo en cuenta la facilidad con que se estrechan y se rompen los lazos amorosos de las Maritones. Calólese, pues, la fuerza que presentaría la asociación en el momento en que todas sus individuos, de común acuerdo, llamasen á sí sus respectivos adoradores. Ni los ejércitos de Xerxes podrían compararse con los de la asociación de criadas españolas.

—Así es que si esta asociación se lleva á efecto, el Gobierno, para poder gobernar con tranquilidad, disipar los temores públicos y evitar un golpe de Estado en las cocinas, tendría que decretar la abolición de las quintas.

* * *

En la primera plana de este número publica LA ILUSTRACION DE MADRID un grabado de la copa de oro regalada por S. M. el rey á la sociedad hipica de Jerez, como uno de los premios que habrán de concederse en las carreras dispuestas por la misma en el hipódromo de los llanos de Caulina.

Es una obra notable por su delicado dibujo y ejecución esmerada.

—

Una de las provincias menos visitadas en España es sin duda la de Oviedo, apesar de que sus hermosos valles, sus grandiosas montañas, sus retorcidos ríos, sus magníficas cascadas, sus bosques de castaños, manzanos y nogales, sus caseríos esparcidos en desórden sobre la yerba de los prados y descollando entre las hojas del maíz y de los avellanos, el carácter de sus habitantes, laborioso y pacífico, sus trajes y costumbres, ofrecen al viajero una originalidad y un encanto que difícilmente encontrará en otra provincia de la Península.

El *Desmonte de la Florida en las inmediaciones de Oviedo* es una buena muestra de la grandiosidad que en algunos puntos de Asturias ofrece la naturaleza.

—

De otro importante grabado debo dar cuenta en estas líneas. Me refiero al que lleva por título *El entierro del pobre*. Es copia de un cuadro del Sr. Pellicer, pintor enérgico, en quien el sentimiento de la verdad y la imitación de la naturaleza no excluye la pasión por lo trascendental y filosófico en el arte. He visto este pequeño cuadro en el estudio del pintor, y me ha impresionado por su verdad y su sencillez. Esta impresión está reproducida admirablemente en el dibujo.

El país que sirve de fondo al cuadro es la huerta de Balaguer, iluminada por los últimos reflejos del sol, en esa hora en que la naturaleza se dispone al sueño y la atmósfera se llena de sombra y de tristeza. *¡El entierro del pobre!*... Un hombre que guía llevando en la mano un farol: un monaguillo con la cruz: un sacerdote que reza entre dientes: otros dos hombres que llevan sobre las augurillas el ataúd cubierto con un paño negro, y por fin, y como acompañamiento familiar, como cortejo de la amistad, de la gratitud y del amor, un perro; y todos ellos andando uno tras de otro, formando una línea de dolor, con la cabeza inclinada, con el labio silencioso, como quien va por el camino de la muerte. Delante de ellos está la noche con sus sombras que se espesan por momentos, y á lo lejos, destacándose con negras siluetas sobre una franja de oro, se alzan las casas del pueblo á que uno de los que allí van no volverá jamás; y se ve también alzarse el negro penacho de una columna de humo, que se pierde en el cielo como el espíritu del que murió, como las oraciones de los que van á enterrarlo.

Es un cuadro bien sentido y bien pintado.

* * *

El gobierno francés hizo fundir las campanas de las iglesias para hacer cañones.

Los prusianos funden hoy los cañones franceses y hacen con ellos campanas.

En definitiva, este es simplemente un triunfo obtenido por los sacristanes de Prusia sobre los de Francia.

IBORRO FERNANDEZ FLOREZ.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

La atención de la Europa impresionable y amante de emociones, se ha fijado poco há en el Vesubio, cuyo terrible cráter amenaza á los seductores Nápoles, como un infierno aéreo suspendido sobre una ciudad pecadora. La erupción de 1872 es de las más fuertes que han pro-

sencillamente los nacidos; y para contemplar la perspectiva de tan hermoso horror, acuden viajeros curiosos de todo el continente. El telégrafo, gozoso de esta novedad, trasmite á todos los pueblos accidentes tan curiosos como el color de las llamas, la dirección de la lava desbordada, las curvas descritas por las piedras que escupe el volcan bramando de cólera. Las víctimas de esta catástrofe son muchas, y no es insignificante el número de ingleses á quienes el desastre cogió desprevenidos herborizando en las inmediaciones, aunque algunos han perecido, porque su indomable curiosidad les llevó á contemplar la ira del Vesubio demasiado cerca. Á las grandes explosiones suceden los fenómenos eléctricos de una belleza incomparable; á las lluvias de ceniza que oscurecen el sol, los borbotones de lava incandescente que corren por las cañadas de la montaña como ríos de sangre: luego siguen los movimientos de trepidación, y las piedras vomitadas como proyectiles, y el humo que empaña el cielo, y una serie de fenómenos que entorpecen á los sabios, y llevan desolación y espanto á la ciudad de San Genaro. Huyen medio quemados los habitantes de los pueblos que descausan con imprudente confianza en la falda del terrible monte como niños dormidos junto á la boca de un horno; la lava corre por las laderas persiguiendo á los que corren; penetra en los pueblos ahuyentando hombres, mujeres, niños y ganados; entra en las casas, desaloja ó destruye cuanto encuentra; no perdona ni los templos, ni los cementerios; para librarse de ella se improvisan medios de salvación, lo cual es muy difícil, pues no se conoce ningún arte náutico con que puedan surcarse mares de fuego para salvar naufragos que se quemar; y la ciudad partenopea, celebrada y cantada por los poetas como mansión de los placeres, lanza alaridos de terror, clama al cielo, enciende cirios en todos sus altares, y cree que Dios la condena á morir como Pompeya, enterrada en vida.

Mientras unos huyen despavoridos, abandonando casas y haciendas, otros llegan para presenciar la incomparable función piroclástica, superior á cuanto el arte humano pudiera idear. En su plétora, el Vesubio, regurgitando terriblemente, sobra fuerza la enorme cantidad de ardiente material que se ha elaborado en las entrañas del monstruo; al aire se enardece, el mar y el cielo reflejando como inmensos espejos la iluminación parecen también inflamados, y cuando la furia del cráter se calma un poco, después de haber vomitado sobre valles y riscos todo el fuego que se indigestaba en las entrañas del monte, la electricidad desarrollada produce efectos ópticos de hermosura tan extraordinaria, que los napolitanos se sentirían enajenados de arrobaramiento si la ardiente ceniza no les azotara al mismo tiempo el rostro. El asombro no se disipa sino para dar lugar al terror, y esto es tan sólo atenuado por el asombro. El hombre se ha de parar absorto y conmovido ante la naturaleza hasta cuando se vé aniquilado por ella.

Muchos en presencia de este último frenesí del Vesubio, han relacionado la actual catástrofe con el terremoto de Antioquia y el de California, entrambos muy desastrosos, y creen que allá abajo andan las cosas tan revueltas como por encima, ó que el viejo planeta, á quien no será inverosímil suponer cansado de sustentarnos, está atravesando alguna crisis que desbarate ó modifique su constitución interior. Motivo de alarma será este para las gentes tímoras, aunque contra petrolistas como el Vesubio no sea fácil tomar precauciones. También se ha dicho que la erupción y los terremotos, así como otros sucesos de diversa índole, eran los primeros síntomas de la catástrofe cósmica que ha de tener lugar, cuando un señor cometa, anunciado por los astrónomos para el mes de agosto, arrastre su cola por la bóveda celeste, causando tanto entusiasmo en los observatorios como mareo y trastorno entre la buena gente de los campos. Descansemos tranquilos, si no hay otros motivos de desazon que la presencia del cometa: pues no parece razonable buscar tan alto la causa de nuestros males.

Casi en los mismos días de la mencionada erupción, el pueblo de Madrid estuvo un poco alarmado, juzgando posible una función piroclástica á estilo comunista. Ocioso es decir que nada pasó, y que nada pasará: no moriremos á manos de los petrolistas, no sólo porque afortunadamente carece la villa de Madrid de esta nueva especie de bimanos, sino porque aunque su número fuera tan infinito como el de los toaños, no faltaría quien les pusiera como nieve. Apesar de que esta opinión es bastante general, la población ha vivido por algunos días con tal inquietud y azoramiento que en todas

partes veía el peligro, y aunque no escaldada aún, por dicha de todos, solía huir del agua fría. Tanto llegó á temer el petróleo, que no había barril, cántaro ó alcarraza que no supusiera lleno del líquido traidor; y depósitos de sustancias tan inofensivas como el aceite vegetal, la limonada gaseosa, la cerveza, fueron señalados con espanto y denunciados con la mayor diligencia: la policía conoció el error, cuando al registrar las criminales botellas, las vió llenas de orden, pues así puede denominarse su contenido, no siendo sustancia de fácil inflamación.

Los vecinos de cierta calle observaron con temor que á altas horas de la noche se paraba un carro á la puerta de cierta casa de viejísimo y misterioso aspecto, y que unos hombres tambien de muy mal perfume se ocupaban en descargar del vehiculo un gran número de botellas, que con mucho cuidado y procurando no ser vistos introducían en la casa. Los buenos vecinos no sabían á qué santo encomendarse, al ver aquel almacenaje clandestino; se reunían, se consultaban, preguntándose mutuamente sus impresiones, y ninguno dudaba de que el líquido allí depositado era el terrible instrumento de la anarquía, el gran liquidador de la propiedad urbana, el monstruo de mil lenguas de fuego, sacado de las entrañas del suelo norte-americano, y asociado en Europa á la obra de la revolución social por los comunistas de París.

Uno aseguró que su fino olfato le dió la certidumbre de que la sustancia encerrada era petróleo; otro juró haber visto las mechas aplicadas á la boca de la botella; un tercero se resuelve á denunciar el caso á la autoridad, y no pasó mucho tiempo sin que ésta ordene un escrupuloso reconocimiento. Mientras esto tiene lugar, y los vecinos ansiosos creen indudable su salvación, se siente una detonación, que en los oídos de la azorada vecindad resuena con más fragoroso estrépito que un cañonazo; en el mismo instante un tapon, que contenía un líquido turbulento, como si fuera ley preventiva puesta sobre un pueblo levantisco, saltó con la rapidez de la bala, y saliendo al patio por cierta ventana sabió hasta cerca del tejado, donde después fué á terminar en viaje aéreo; y entre tanto los hombres de justicia lanzaban en la bodega exclamaciones de ira al ver manchada su ropa por una espuma pegajosa y un agua de color amarillo claro, que bien pronto por el olor y el gusto conocieron que era *champagne*.

Desde entonces los vecinos se quedaron tranquilos, aunque alguno no las tenía todas consigo y solía decir con tono misterioso:

—¿Conque nos quieren hacer creer que es *Champaña*? Si lo hubiera examinado yo mismo, ya estaría el barrio seguro... Cuando uno afirma que es petróleo, ya se sabe por qué lo afirma, y yo puedo decir que vi las mechas con mis propios ojos.

En Francia se ocupan con preferencia del proceso del mariscal Bazaine, que en la curiosidad pública ha sucedido al escándalo Trochu-Villemeussant, en Inglaterra parece seguro el arreglo de la cuestión del Alabama sobre bases más equitativas que las propuestas por los Estados Unidos, y el ministerio Gladstone cederá el puesto á un gabinete tory presidido por lord Derby. Prusia se ocupa con la más activa diligencia en fortificar las ciudades de Alsacia-Lorena, y ante la perspectiva de un desquite, no vacila en prolongar por todos los medios posibles la ocupación del territorio francés. Roma papal presencia con escándalo los trabajos para organizar la secta de los *católicos viejos*, de que será propagador el célebre padre Jacinto, ya francamente declarado hereje. Holanda no tiene más asunto grave de que ocuparse que la celebración del aniversario de su independencia, y Rusia parece inclinada á estrechar sus relaciones con Francia. Ningun acontecimiento de interés ocurre en Europa, si se exceptúa España, de la cual no podemos decir lo mismo. La sublevación carlista aún no ha terminado, y se esperan con ansia nuevas hechas de armas tan fútiles para la causa del absolutismo como el de Oroquieta.

Parecerá mentira; pero es indudable. Apesar de las perversas circunstancias en que el país se encuentra, hay no poco movimiento literario. Entre las muchas obras que han salido á luz, haremos fijar la atención de nuestros lectores sobre dos muy importantes, que son: la *Lógica de Hegel*, traducida, con introducción y notas, por D. Antonio María Fábri, y las *Obras Póstumas* de D. Manuel José Quintana. El primero de estos libros ha sido publicado por Durán y el segundo por la casa de Medina y Navarro, aunque jóven muy acreditada ya,

no sólo por su Biblioteca Económica, sino por la edición de filósofos, inaugurada con las *Obras de Platón*. Esta tendencia á publicar libros de esta clase, que jamás se vieron en las vidrieras de nuestras librerías, sino impresos en lengua francesa, es síntoma de que han de prevalecer los estudios serios, y de que las buenas letras, así como la filosofía, pueden salir, si un período de reposo las estimula, del marasmo y abandono en que hoy se encuentran.

La *Lógica de Hegel*, cuya traducción tan acertadamente ha llevado á cabo el Sr. Fábri, es libro oportunísimo, no sólo por su mérito intrínseco, sino porque los estragos que en entendimientos muy ilustrados hace la escuela positivista, exigen grandes esfuerzos para devolver á la metafísica el puesto que le corresponde entre los acontecimientos humanos.

También es consolador que una de las ciudades de la Península más agitada por las pasiones políticas, tenga calma y humor suficientes para presenciar juegos florales como los dispuestos por la *Academia de Ciencias y Literatura* del Linceo de Málaga. La convocatoria para el certámen se ha hecho en los siguientes términos:

«Esta corporación ha acordado celebrar unos Juegos Florales en la octava de la festividad del Corpus del presente año, bajo las bases siguientes:

1.º Serán objeto del certámen las composiciones poéticas que á continuación se expresan, y se adjudicarán los premios que después se designan;

1.º Composición: una oda escrita en estrofas regulares.—Asunto: *Los adelantos del siglo*.—Premio: una eglatina de oro.—Accésit: otra flor igual de plata.

2.º Composición: un romance histórico.—Asunto: *La conquista de Málaga*.—Premio: una caléndula de oro.—Accésit: otra flor igual de plata.

3.º Composición: una sátira en tercetos.—Asunto: *Alguna ó algunas de las costumbres actuales españolas que sean dignas de este género de censura*.—Premio: un pensamiento de oro.—Accésit: otra flor igual de plata.

2.º Las producciones deberán ser remitidas al presidente de esta Academia antes del día 15 de mayo próximo.

3.º Cada producción habrá de llevar un lema ó epigrama igual á otro escrito en un sobre cerrado que le acompañará, dentro del cual deberá encontrarse la firma del autor y la indicación de su domicilio.

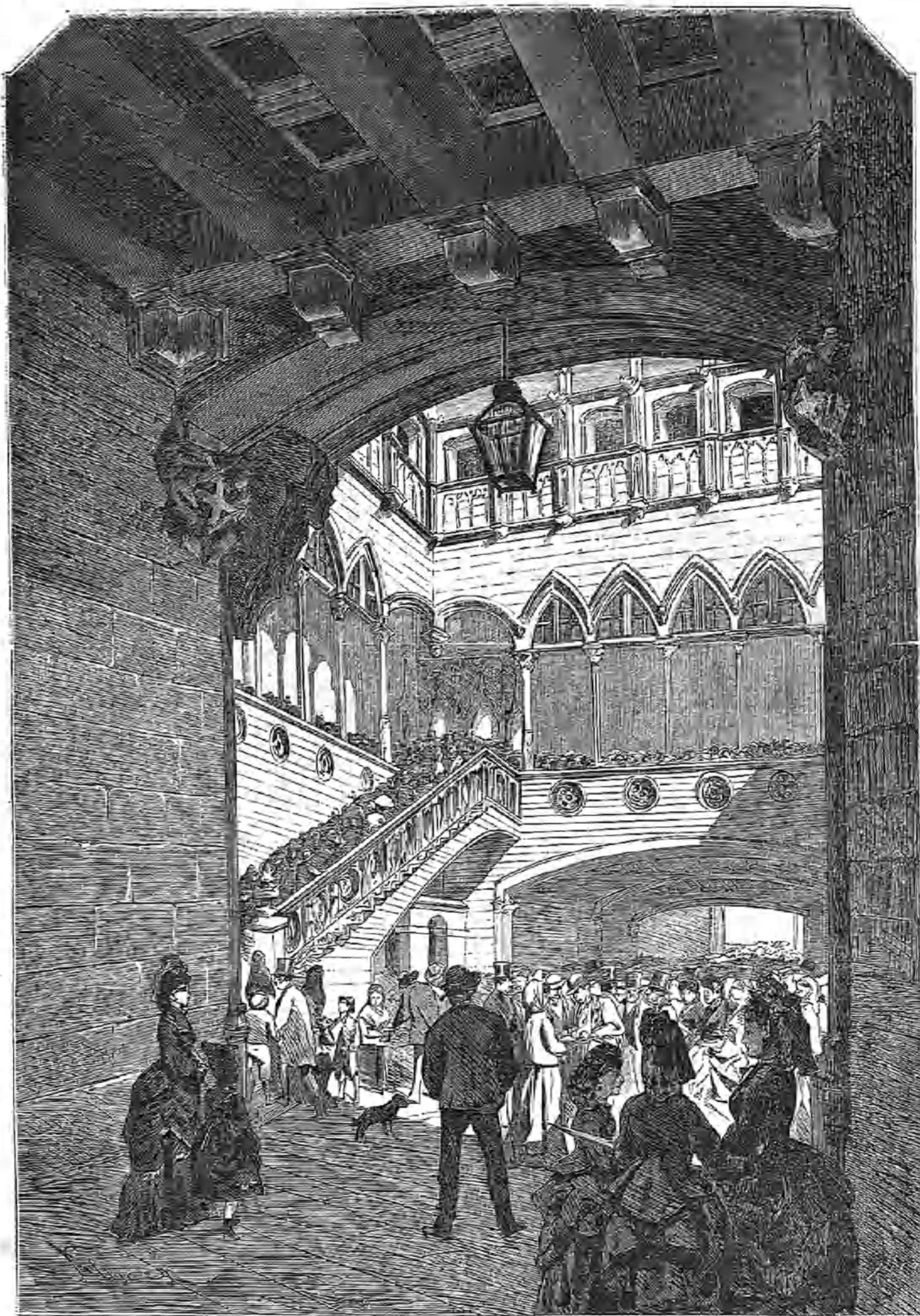
4.º Las composiciones que no sean consideradas acreedoras á un premio ni á un accésit, pasarán desde luego al archivo de la Academia, sin que sus autores puedan reclamarlas; quemándose en junta general los sobres que contengan los nombres de éstos, tales como se hayan recibido.

5.º El jurado calificador será nombrado por la Academia, convocada al efecto con anticipación oportuna, y juzgará las producciones según su mérito absoluto, y no según el relativo que puedan tener.»

Oldiz y Valencia celebrando en sus Ateneos ó círculos literarios el aniversario de la muerte de Cervantes, y abriendo también certámenes de esta naturaleza, contribuyen á impulsar el movimiento ántes mencionado, movimiento que dentro de poco sería muy notable, si cada día no le pusiera nuevos obstáculos la política.

En Madrid los espectáculos propios del verano van recobrando su perdido imperio; y aunque no han comenzado aún los conciertos nocturnos del Retiro, ya el Circo de Urce inauguró sus trapezios con toda clase de juegos equestres y gimnásticos; los teatros de comedia española espiran sofocados por el calor, y en cambio dos compañías de ópera italiana se reparten el aburrido público, que cansado de todo, no parece aún dispuesto á cansarse de la música. Sin embargo, dos teatros de ópera lucharán difícilmente en la actual estación, si no tiene cantantes de extraordinario mérito, á un repertorio escogidísimo, tan bueno como nuevo. El del teatro de Jovellanos no ha tenido hasta hoy, *señora* es confesarlo, la víctima de estas cualidades, aunque hasta cierto punto se puede perdonar la rutinaria elección de las óperas, cuando son bien cantadas. Bien ha hecho el circo de Rivas en resucitar la *Cenerentola*, y muy agradecidos quedarían los aficionados si saliera esta vez de sus arcaicos *La Garsa Indica*, *Le nozze de Figaro*, *Il matrimonio segreto*, *Proscritto* y otras muchas, siempre prometidas y jamás puestas en escena. Una pregunta: ¿Por qué no se atreve la empresa de dicho teatro á estrenar en Madrid el *Tannhäuser* de Ricardo Wagner?

B. PEREZ GALDÓS.



LA FIESTA DE LAS ROSAS (BARCELONA).

EL PINTOR DON FRANCISCO DOMINGO.

Corría el año de 1864. Las exposiciones artísticas habían desarrollado una gran emulación entre la juventud valenciana consagrada al estudio de la pintura. Cuando un día fuimos invitados á dar nuestro parecer (bien desautorizado por cierto) acerca de la primera obra de un pintor de diez y ocho años que se disponía á reñir la primera batalla en el concurso nacional de aquel año.

Eran momentos aquellos de inquieta incubación para

las artes españolas. Los jóvenes que sentían palpar en su espíritu el *Deus agitante* de Ovidio, y que en gran número se dedicaban al culto de lo bello, estimulados por el ejemplo de los brillantes certámenes que habían granjeado tan envidiable reputación á algunos pintores, se disponían con la turbada incertidumbre de los paladines noveles á medir sus fuerzas en la lucha. Aquellas decantadas maravillas del pincel que en los concursos anteriores habían señalado los primeros pasos del renacimiento; aquellos esfuerzos tan espléndidamente recompensados y á cuyo elogio desmedido consagraba la fama todas sus trompetas, como en desquite del profundo silencio á que la había condenado

una prolongada decadencia, habían despertado la más ferviente y la más agitada emulación. Los nombres de los pintores laureados y de las obras que habían colocado tan alta la reputación de sus autores, resonaban en el corazón de los neófitos como una voz de resurrección, y hacían brotar una generación de ardientes deseos, de doradas ilusiones y de impacientes esperanzas.

El pintor cuyo cuadro íbamos á ver era la muestra viviente de esta especie de gestación trabajosa en que á vueltas de agudas vibraciones y de inquietos deseos, se dejaban sentir, fluctuando en la incertidumbre y en la duda, las vivas emociones de la maternidad. La timidez y la desconfianza retratadas en su semblante, que



DON FRANCISCO DOMINGO Y MARQUÉS.

aún conservaba la ingenuidad de la adolescencia; contrastaban á veces con el fuego de su mirada ardiente en que resplandecía el entusiasmo y el deseo del triunfo. Idéntica mezcla de timidez y de energía se observaba en su cuadro, trasunto singular de una inspiración desorientada, traducida con pincel inexperto, pero llena de sentimiento y de vida. El lienzo representaba un episodio histórico de la expulsión de los moriscos del reino de Valencia, y el genio del novel artista, que por primera vez se imponía la árdua tarea de subordinar la inspiración á las convenciones de una composición seria y complicada, rompía en trécho de trécho la laboriosa armonía, y, si así podemos decirlo, la académica gravedad de aquel estudiado conjunto, dando claros indicios de una próxima emancipación y de una ingénita independencia.

El pintor y la obra nos inspiraron desde el primer momento el más vivo interés, y dimos sinceramente el consejo que se nos pedía: aquel primer esfuerzo revelaba una personalidad artística que quería romper los andadores de la escuela, y que necesitaba desenvolverse con el estudio de los grandes modelos.

Así lo comprendía el neófito: nuestras observaciones fueron escuchadas con modestia atenta y reflexiva; era evidente que el joven pintor oía en nuestros consejos el eco de sus propias aspiraciones, y que su genio deseaba nutrirse en una esfera más grande que la que podía encontrar en una capital de provincia, por más que esta se llamase por antonomasia *la ciudad de las flores* y la cuna de una escuela tan ilustre como famosa en los anales del arte nacional.

Poco después, el pintor dejó su país natal para venir á engolfarse en este piélago madrileño, en cuyas aguas se mueven tan á su gusto los voraces tiburones, y en cuyos bajos naufragan tantas desorientadas barquillas. No le volvimos á ver en mucho tiempo: su recuerdo llegó á horrazarse de nuestra memoria, y no supimos por entonces si el joven artista, cuya primera obra se consideró en aquel concurso merecedora de mención y de estímulo, había desmentido después tan lisonjeros anuncios, ó arrastraba por las antenas una ambiciosa y diligente mediana.

Dos años habían transcurrido, cuando le volvimos á encontrar en otra ocasión, para él solemne y decisiva, y entonces pudimos convencernos, con no poca satisfacción, de que el pintor que tan aventajada idea nos había hecho concebir de su talento, había andado con paso firme por el buen camino. Su genio original se había robustecido en la contemplación y el estudio de las grandes obras de nuestros museos, y entraba en aquellos momentos en el período crítico de su vida. Se anunciaba otro concurso nacional, y el Sr. Domingo (porque ya es tiempo de llamar por su nombre al pintor que nos inspira estas líneas) se ocupaba en pintar un cuadro que había de fijar definitivamente su manera, y determinar su filiación artística. *El caso*, obra en que se manifestaba con todo su vigor el estilo firme y castizo que en breve había de colocar á su autor entre los herederos más cercanos de Velázquez y Goya, y en el que Domingo se colocaba en primera línea entre la juventud renovadora, por un gran sentimiento del color y una maravillosa facilidad de ejecución, debía llamar, en efecto, la atención de los entendidos, y grazjearle en aquella Exposición (la de 1866), un premio más señalado que el que había obtenido en su primer ensayo, si bien inferior, á nuestro juicio, á los merecimientos de un artista que entraba en el certámen con una obra, que si no estaba á gran altura por la fuerza de la idea y de la composición, era un brillante alarde de facultades raras que le señalaban un puesto muy elevado entre los restauradores de la escuela patria.

El movimiento de que hemos hablado más arriba se dejaba sentir á la zazon en Valencia con más empuje que nunca, y no habían contribuido poco á impulsar la creciente afección á la pintura, los felices principios del más distinguido de los campeones que en aquel semillero de artistas trabajaban con desusado entusiasmo. El genio de Domingo había despertado en muchos un espíritu de imitación menos digno de elogio que el entusiasmo de que nacía. Los fáciles bocetos del artista, sus admirables improvisaciones, aquellas mil pequeñas maravillas de la paleta que se multiplicaban con vena inagotable, eran imitados por muchos de sus compañeros de escuela, sobre quienes las dotes de Domingo ejercían una especie de fascinación. El contagio era evidente; el fecundo colorista no dejaba correr su pincel sobre una tela, sin que la nota producida determinase una serie de vibraciones más ó menos acordadas, y hubo momentos en que el deseo de remedar su manera y los temas de sus composiciones, llegó á rayar en incurable monomanía.

La revelación de las facultades desplegadas en *El lance* empezó á extender su reputación más allá del recinto circulo en que se verificaba por sus imitadores este trabajo de asimilación, y en el que, la verdad sea dicha, no escaseaban entre la juventud talentos más independientes, destinados á tomar una parte honorosísima en la campaña artística que en estos últimos días ha valido tantos y tan gloriosos laureles á la patria de los Joanes y los Rivaltas. El Sr. Domingo se encontró colocado al frente de esta cruzada, y debemos presumir que el puesto conquistado con su segundo cuadro le hizo sentir la necesidad de madurar su talento para más levantadas empresas, y de sujetar sus facultades y el fuego de su inspiración, más espontánea que bien regida, á las grandes conveniencias del arte, consagradas en los modelos imperecederos de todas las escuelas. Sin aquellas el genio que parece dotado de más poderosa intuición se expone á lamentables extravíos, y las más felices disposiciones, las facultades naturales más potentes, pueden dar por resultado el desorden ó el vacío.

El Sr. Domingo aspiró entónces, con resultado favorable, á la plaza de pensionado en Roma y París que por el año de 1862 había creado la Diputación Provincial de Valencia, á propuesta del gobernador de la provincia, D. Joaquin Peralta, pension que por primera provision había disfrutado el aventajado pintor don Bernardo Ferrandis. En aquel santuario del genio antiguo y moderno; en aquella metrópoli del arte cuya magestad no respeta ya el mercantilismo de nuestros días, que tiende á establecer allí tambien su bazar de novedades para el consumo de la humana frivolidad, ha preparado al pintor Domingo, sin contagiarse del mal reinante, los cuadros que en la exposicion pasada le han valido tan envidiable gloria. *La Santa Clara* y *El último día de Siquito* han puesto el sello á la reputación de este pintor, cuyas obras se disputan hoy con ahan los amantes del arte, y que le colocan, como representante de la escuela tradicional, al lado del eminente artista D. Eduardo Rosales, ilustre iniciador del impulso decisivo que en estos últimos tiempos ha recibido en su espíritu, en sus formas y en su tendencia la pintura nacional.

No prolongaremos estos desaliñados renglones: la historia del Sr. Domingo es breve: es un libro en blanco cuya primera página anuncia grandes cosas y cuyas hojas esperan lo que ha de venir. Las glorias del artista empiezan ahora; y nosotros, que las tenemos en mucho y no queremos verlas declinar, terminaremos dando un consejo al laureado autor de *La Santa Clara*: los artistas que como él se colocan á una altura tan peligrosa, necesitan redoblar su aliento para sostenerse en ella y no olvidar que la fortuna, que se muestra á veces pródiga de gloriosos laureles, suele gozarse con frecuencia en el arduo placer de arrancarlos uno á uno de las sienes de sus favoritos.

PEEGRIN GARCÍA CADENA.

CERVANTES

Y LA NOCHE DE DIFUNTOS.

(Continuación).

YO.

IV.

Señor Miguel, qué alegría,
Qué placer tan inefable
Hoy alente mi corazón
Recordando esas verdades!
Bien claro me demostrais,
Que no habitais este valle
Que habitó yo, de miserias
Y llanto y calamidades.
Bien hicierais en morir
En tiempos (aunque fatales,
Porque reinaban los Lermas,
Y después los Olivares,
Pero no tan desgraciados
Como los días actuales
Para la infeliz España,
Para esta piadosa madre
De sus hijos, sean buenos
Ó malos; porque si nacen
De su seno, ella los mira
Con amor puro, entrañable.
Creedme, aquel siglo vuestro,
En que esplendor y realce

Disteis á las glorias nuestras
Con altas hercúlicas,
Con el *Hidalgo Manchego*
Y *Novelas ejemplares*,
Y en fin, con escritos tantos,
Que viven aún inmortales:
Aquel siglo con razon
Es muy justo que se llame
Siglo feliz, *Siglo de oro*,
Y aun de perlas y diamantes,
Comparado con el tiempo,
Con el tiempo miserable,
Tiempo de lujo y de prosa,
Y de excepticismo infame,
En que arrastró yo infelice
Entre mis dolencias graves
Sesenta y cinco diciembres,
Ó si queréis navidades.
Pero dejemos á un lado
Mi ancianidad y pesares,
Ya que gracias al Señor,
Nunca mi valor se abate.
Si dar no largo paseo
En mi compañía os place,
Objetos vereis curiosos,
Que quizá no os desagraden.
Cosas ademas diré,
Para vos tal vez notables
Por lo raras: aunque algunas
Os incomoden y enfaden.
Mirad, mirad: á dos pasos
De estos sagrados umbrales,
En que trinitarias monjas
Custodian vuestro cadáver,
La pared del monasterio
(Que el cielo defienda y guarde)
Ostenta inscripción mural
Con el nombre de Cervantes.
Cerca de aquí se conservan
Aquellos humildes lares,
En que vivisteis muriendo
De frío, de sed y hambre,
Sin que os tendieran su mano
Cien Epulones magnates
Que desde carrozas de oro
Os veian espirante.
¡Justicia de Dios, justicia!
Los próceres miserables
(Más necios que sus lacayos)
Hoy oscurecidos yacen
En soberbios mausoleos;
Y nadie recuerda, nadie,
(Ni aun para rogar á Dios)
Aquellas almas vulgares,
Aquellas almas de cieno,
Aquellas viles furcabras
Que ostentaban relumbrones
Y bordados y alamares
En palacio, ó entre damas,
Sin que uno solo brillase
Por su pluma ó por su acero
En los bélicos combates.
¡Pobres hombres, pobres hombres!
Requiescant, amen, in pace,
Y su apellido olvidemos,
Algun día tan brillante,
Hoy á la puerta de pino
De la casa en que fuisteis,
Vuestro nombre en letras de oro
Aparece radiante,
Atrayendo irresistible,
Como al hierro iman atrae,
A franceses y britanos,
Y prusianos y alemanes,
En fin, á cuantos viajeros
Saludan la verde márgen
Y la pradera, que humilde
Besa el regío Manzanares.
Perdonad, porque estas glorias,
(Vanidad de vanidades)
Os he contado: á los muertos
De seguro poco halaguen.
Otro lauro muy más digno,
De que no quiero olvidarme,
Os voy á manifestar,
Ya que me escuchais amable.
A este sagrado recinto
Donde acentos virginales
De la tumba en el silencio
Suelen oír vuestros genes,
De tres en tres años viene

Muchedumbre innumerable
De clero, pueblo y nobleza,
En fin, de todas las clases.
Después de oficiar piadoso
Un prelado respetable,
Por vuestra paz y descanso
Ofreciendo el cuerpo y sangre
De la víctima divina,
Que con bondad inefable
En una cruz espiró
Por los miseros mortales;
Otro obispo, cuya ciencia,
Cuyo continente grave
Y piedad realzar suele
Con sus canas venerables,
Sube al púlpito y en breves
Y elocuentísimas frases,
Que enternecen á las monjas
Y á todos los circunstantes,
Recuerda vuestro alto nombre,
Y sobre todo, la grande
Y ardiente cristiana fé
Con que al fallecer desistéis
La cruz de la redención,
Aquel símbolo adorable,
Que tanto valor os daba
Contra los turcos alfanjes.
Nunca olvida el orador,
Que el católico Cervantes
En vida vistió y en muerte
El franciscano ropaje
Que San Luis, Santa Isabel,
Y otros reyes admirables
Vistieron, á fin de honrar
Con él sus mantos reales.
La humildad de aquellos santos
La Iglesia, cual tierna madre,
Para ejemplo de los fieles
Hoy venera en sus altares.
¡Señor Miguel, qué dichosas
Eran aquellas edades,
Aquellos siglos de gloria,
En que cual sol deslumbrante,
De la Fé el divino fuego
Arde en pechos leales,
En los españoles pechos,
Que combatían en Flandes,
En Otumba y en Paría
Y en los secos arenales
De Túnez por sostener
El católico estandarte!
Siglos de fé y altas glorias,
En que el Tormes y el Henares,
Ufanos con los doctores
De sus universidades,
En sus márgenes oían
Con orgullo á nobles vates,
De los Píndaros y Horacios
Alumnos, quizá rivales.
Siglos de fé y alta gloria,
En que el sabio, el ignorante,
El rey, el pobre y el rico,
Y obispos y sacerdotes;
Al ver la cruz sacrosanta
O de María la imagen,
Erigidas en los bosques,
En vias, plazas ó calles,
Descubrían su cabeza
A efigies tan venerables,
Perseguíanse, ó rezando
La salutación del Angel:
Dorado siglo en que ardía
Católica fé, que no arde
En estos días de horror
Y de prosa abominable.

(Se continuará.)

GASPAR BONO SERRANO.

MAS SOBRE OCHOA.

Sr. Director de LA ILUSTRACION DE MADRID.

Muy señor mío, de mi consideracion y aprecio: A los pocos días de llegar á mis oídos la infausta noticia de la muerte de D. Eugenio de Ochoa, concebí la idea, que bien pronto empecé á poner en práctica, de escribir una elegía en disticos latinos, con el objeto de que ocupase la última página de su *Corona fúnebre*, en el caso (que yo esperaba), de que sus amigos y admiradores llegasen á tejársela, invocando en su auxilio las Hero-

sas musas. Como esto no ha sucedido, y la *Elegía* se halla terminada, y es duro, como dice el mismo Ochoa, dar carpetazo á trabajos hechos con amor, me atrevo á remitirla á Vd., por si juzga oportuno el que sea en pública luz en LA ILUSTRACION DE MADRID.

Soy de Vd. como debo afectísimo y seguro servidor Q. B. S. M.

JUAN QUIRÓS DE LOS RÍOS.

Granada 23 de abril 1872.

CLARISS. SCRIPTORIS AC SUAVISS. POETAE.

D. EUGENII OCHOA OBITUS.

ELEGÍA.

«La muerte es una misteriosa
Investidura que en cierta mane-
ra lo purifica y lo engrandece,—
no me atrevo á decir que lo santifica todo.»

(Ochoa.—Necrópolis.)

Atque hinc est hominis merces extrema triumphis,
Post summa laudat: quam bona fama dicit.

(Auctoris distichon.)

Lesbois numeris hodie non, Musa, canamus,
Carmina nec fundant lilia mixta rosis.
Luctibus e tristi tantammodo sarta cupresso
Conveniunt, alli convenientque modi.
Huc ades, atque humeris, Elegia, solve capillos
Flebilis: hic moror convenit hieque dolor.
Ille tener vates hen! interprete Maronis
Lethali in lecto corpus inane jacet.
En animam fudit, miserum! Jam affantibus aures,
Tam faciles quondam, doctaque verba negat.
Mutato in vultu nequicquam signa requirant
Vitæ, humectantes hi lacrymisque torum.
Illum moesti animum ceruunt jam lumine caesum:
Mors illi diras injicit atra manus!
Tristis languorem lethalisque umbra secuta est,
Illos invasit Castalidumque locos.
Hos, nuper placidæ Euterpes Eratusque disertæ
Templum, nunc Atropas frigida parca tenet.
Conjugis et sobolis comitumque eversa dolore
Sedulitas atra conficiturque Deæ.
Illis hen! lacrymæ et luctus sunt omnia tectis,
Oraque singultu concutiente sonant.
Plent mæstæ soboles et conjux: oscula figunt
In gelidis ejus pura suprema genis!...

.....

En jam fama volat tanti præsentia luctûs,
Omnibus exitium jam gemiturque viris.
Turribus ex altis sæ jam queriturque videtur
Lingua gemens nomen dicere ahenæ suum.
Hispanæ madidis Musæ sparsisque capillis
En vatem mærent collacrymantque choro.
Jam luget moderatore orba afflicta juvenus,
Cui suator semper fax stadiique fuit.
Et teneris lacrymis ah! non modò fletat Ibero
Sed Rhodano et Tiberi nec minùs Orba Nova:
Nostræ, his ignotis olim regionibus nuplis,
Hesperie sapiens scripta suprema dedit.
Occidit Eugeniûs!... Quid tantum profuit illi
Lauris? quid blanda conceivisse lycæ?
Uana quid stadii? quid docti vita laboris?
Quid tandem famæ pignora tanta sunt?
Occidit Eugeniûs!... Quid de mente ingenioque
Restat? Nil vatis nil hominisque manet?
Sunt nobis tantum sua frigida membra. Petivi
Pars quadam valles purior Elysias?
Haud aliter: lethum certè non omnia linat;
Funereo a victo pars fugit illa loco.
Te, magne Eugeni, Parca rapuere? Peretrum
Omnem te hocce tenet? Nilne superstes eris?
Haudquaquam: tu esse istâ non potes omis in unâ:
Tam magnum minimus tu caperetque carus?
Haud anceps cælum mens nostra ascendit in altum:
Queris te in summis arduis ipsa Dei.
Invenit et tete; quamvis non corpore vivens,
Nempe animo, tu idem; non homo, corpus, eras.—
Ample Necrópolis, toties quam viderat umbris,
En longas equidem nunc obit ipse vias.
Umbras jam tamen simulacra que luce carerentum.
Quos hic dilexit, claris esse videt.
Illic sunt vates, oratoresque, sodales,
Præclari artifices, egregique viri:
Sunt etiam matres, pueri, innuptaque puellas:
Et juvenes: ad quos hiecius junxit amor,
Illic nunc habitat cum caris victor amicis:
Eidem, ora licet pallidiora gerant.

Quisque alacer lætasque en! jam venit obivus umbrae
Eugenii, amplexu perfruiturque suo.
Quenam est ista puella, iam levis angelus alti
Oculi Fert dicto brachis aperte patri.
Quata est: quam celera rapuerunt candida flamma.
Obsistit casum scriber: nostra manus!
Ecces novos sunt qui nascuntur ferre dolores,
Semper et afflicto tristia corde pati.
Ex his Eugeniûs!... Sed jam nunc tempora cinctus
Cælesti lauro gaudia sola gerit.
Vivit enim parvis ille in celestibus oris:
Durabant hominum scriptane mente sua!
Sic equidem: nusquam interit; nunc vivere cepit,
Incipit in tumulo gloria summa viris.
Est ea naturæ lex: «omnis sæpe poeta
Posteritate suam crescere sentit opus.»
Mortale est corpus duntaxat; fama parentis:
Majus ab inferis nomen in ora venit.
Vivet Alaxionides cælum dum stabit et Astrum,
Estu magnarum dum capietur homo.
Sic etiam Venusinus; sic doctusque Catullus;
Non aliter lumen Tullius ille fori.
Carminibus tantis vivet Lucretius, amplam
Dum Tellus ibit per vacuumque rotam.
Carmina Salmonis tunc sunt peritura poetæ,
Exitio terras quam dabit una dies.
Ante lætas vacuo pascentur in æthere cervi,
Mente hominum egregius quam cadat ille Maro:
Virgilius vivet dum Sol illustrabit Olympum,
Fluctibus Oceanus dum fremet ipse suis.
Æneidos solers nostras interpretes, in ævum
Tu vives, vives VIRGILIOQUE TUO.—
Heus, vates, demus magno nunc sarta poetæ,
Concinat in tumulo moestaque blanda lyra.
Etsi non moritur de nobis omnis profecto,
En devincimur reddere corpus humo.
Eia venite suum fletu humectare sepulcrum:
Lanrum hic ponamus quæ levis ossa tegat,
Mox tristes gelido in lapide hos inscribite versus,
Præclare et fama sint monumenta suæ:
Hic jacet immixti letho consumptus OCHOA,
Virgilius interpres, Castalidumque comes:
Illi offert pacem hic tumulus, requiemque, coronam
Regia cæli, ingens orbis ubique decus.
Tu nunc, Eugeni, mea, queso, disticha gratas
Accipe, et exiguum pignus amoris habet.
Non vidi te unquam, te sed tamen intus amabam:
Carus eris semper scripta cuique legat.
Accipe enim, precor, ah! saltem quòd dicta latinè:
Hæc tibi delictis splendida lingua fuit.
Eia, vale, Eugeni, usque... Sed a quo dicitur hora
Morti? Eheu! tacito dum venit illa pede!...

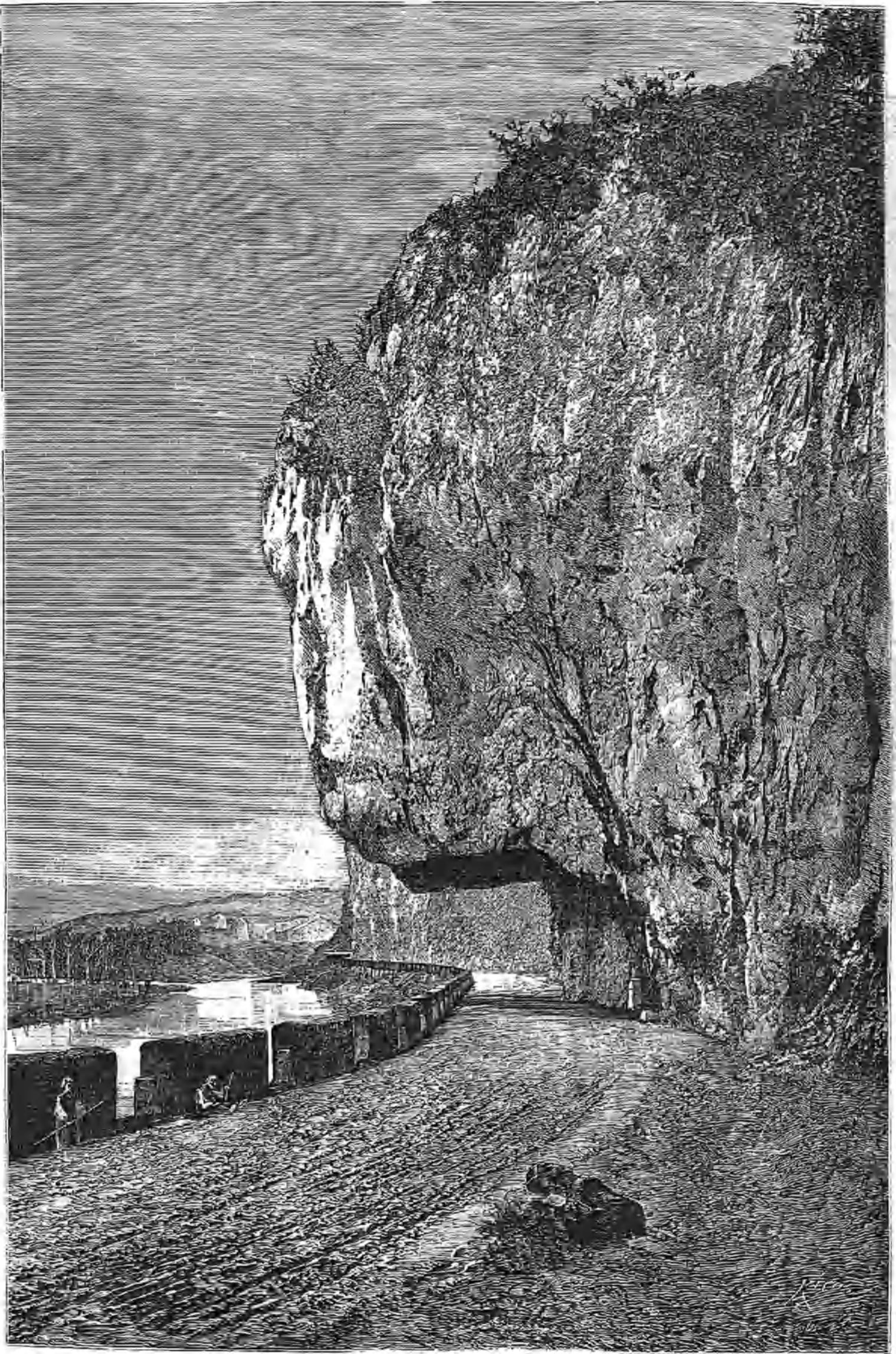
TEATROS *.

ESPAÑA.—Doña María Coronel, drama en tres actos y en verso, por los Sres. Retes y Echegarria.—Un cuervo desahogado. Juguete cómico en un acto y en verso, por el Sr. Ramos Carrion.

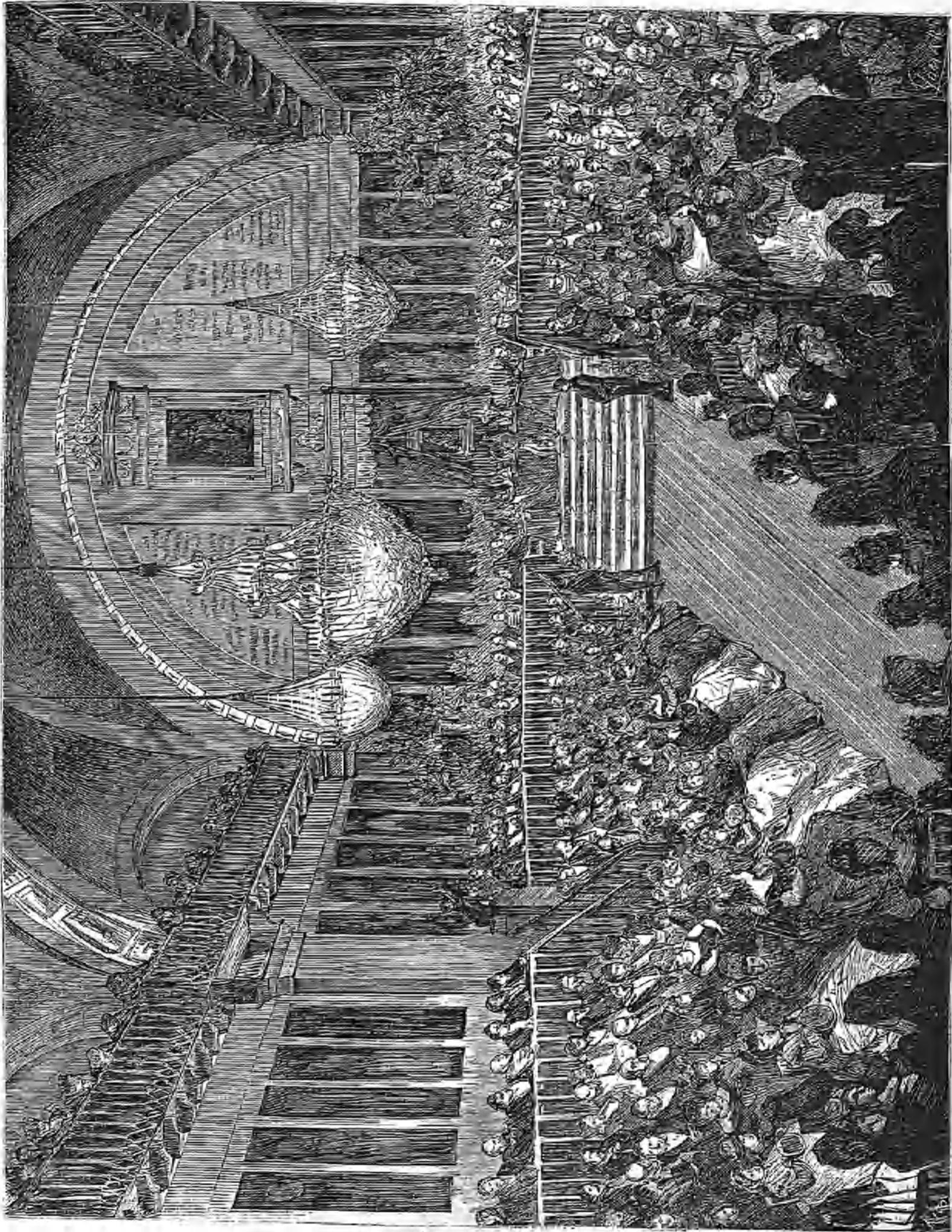
«Conveniencias teatrales nos han obligado á separarnos de la rigurosidad histórica en ciertos hechos culminantes de la obra; pero el rasgo principal, el rasgo heroico de la protagonista, cualquiera que sea la forma con que se le revista, es siempre grandioso y digno de admiración.» Así dicen los autores del drama *Doña María Coronel*, en la dedicatoria de su trabajo; y al aceptar de buen grado nosotros como superior á todo sacarecimiento el heroismo de aquella mujer singular, no acertamos á explicarnos del todo la relacion que existe, segun los poetas, entre lo grandioso del hecho y la falta de *histórica rigurosidad* (que nos place el arcaísmo), á que en las anteriores líneas se refieren.

La advertencia, sin embargo, no peca de imperdencia; que, en efecto, alguna inexactitud se observa en los sucesos históricos desarrollados en el drama. En él se supone que D. Pedro de Castilla, llamado el *Conde*, accedió personalmente á dominar la insurreccion promovida por D. Juan de la Cerda en Sevilla; los cronistas y los historiadores afirman que el rey se hallaba á la sazón arreglando una tregua con el monarca napolitano D. Pedro el Ceremonioso. «Cuando éste (D. Pedro el *Conde*), regresó de la frontera de Aragón para Sevil-

* Circunstancias más poderosas que éstas, los poetas e hijos, en su mayor parte, del carácter de esta puella, que han permitido insertar antes de ahora este versito, que se halla en nuestro poder, para el Sr. Ramos Carrion, en ella, sin embargo, de una obra importante y esta obra ha sido superior al de todos los que se han presentado, en los presentados, creemos que el artículo, apesar de los días transcurridos, no pierde hoy de actualidad.



DESMONTE DE LA FLORIDA EN ASTURIAS.



SESION LITTERARIA CELEBRADA EN EL AVENUE DE VALENCIA.

lla, ya D. Juan de la Cerda había sido vencido y preso por los sevillanos y muerto de orden del rey. Así lo narra al plé de la letra D. Modesto Lafuente, escritor asaz escrupuloso en estas materias y que desplegó todo su celo y toda su laboriosidad en el estudio de este heroico y sangriento período de nuestra historia.

Háblanos D. Juan de la Cerda, en el drama representado poco há, de haber permanecido oculto diez años aguardando ocasión oportuna para vengarse del rey don Pedro, siendo así que en la época á que la acción del drama se contrae, sólo siete años llevaba de reinarse el monarca mencionado; y no es menos notable, ántes bien se nos autoja verdaderamente asombroso, que ni don Pedro el Cruel conoce á D. Juan ni D. Juan á D. Pedro el Cruel; siendo así que, si la historia no miente, algunos meses ántes eran ambos muy amigos, y asistía don Juan al rey como cortesano y como guerrero. Pocos hechos de alguna importancia conocieron en aquel entonces á D. Pedro, en los cuales no figurase como uno de sus más fieles servidores y de sus más decididos partidarios D. Juan de la Cerda.

Doña Aldonza Coronel es en el drama soltera y se dispone á casar con Diego de la Cerda, y en la historia se nos asegura que estaba ya casada con D. Alvar Perez de Guzman. También dice la historia que doña María y doña Aldonza eran hijas del intrépido D. Alfonso Fernandez Coronel, á quien D. Pedro había hecho dar muerte á su presencia *cuatro años ántes*. Como doña María cuenta al principio el drama veintidos años, y doña Aldonza pocos menos, no puede explicarse su silencio obstinado acerca de aquel acontecimiento, que creemos sinceramente de alguna importancia para dado al olvido.

Vemos, pues, que como confiesan con ingenuidad los autores, se han separado un poco en ciertos hechos de la verdad histórica; no tratamos de dilucidar ahora hasta qué punto puede considerarse al escritor dramático el derecho de desfigurar la historia, de alterar sucesos, de trocar fechas, escudándose despues con las conveniencias teatrales; pero en nuestro juicio, ni el buen gusto ni la sana razón pueden autorizar sin limitación esas libertades.

Y no se citen los tan llevados y traídos anacronismos de Shakespeare, ó los groseros errores de Calderon y Lope de Vega, que ni tales defectos dejan de serlo porque de esos genios hayan sido, ni de las maestras han de citarse como ejemplo sus desaciertos; y es de advertir, además, que la mayor cultura y el adelantamiento de la época, son causas suficientes para exigir más cuidado y mayor estudio al poeta, y que—dicho sea con el respeto debido—lo que todavía hoy puede perdonarse á Shakespeare y á Calderon, sólo á otro Calderon y á otro Shakespeare podría perdonarse.

Celébrase, en verdad, una especie de contrato íntimo entre el autor de un poema dramático y el espectador que asiste á sus representaciones; el público y el escritor contratan *total y únicamente*, bien que sin pactar condiciones expresas, ni firmar escrituras, ni tirar documento. «Vengo aquí, dice implícitamente el espectador, á ver un trabajo artístico: ¿quieras dinero? Aquí tienes dinero. ¿quieras aplausos? Yo te daré aplausos. Ambicionas lauros y fama! Mis alabanzas unánimes te harán famoso. Yo pido en cambio una obra bella. Para admirarla de buena fé, para sentir sus perfecciones, me entrego á discreción, lo admito absolutamente todo. Acepto que los personajes hablen en verso y no en prosa, como hablamos todos; no me opongo á que me lloves por esos mundos desde París á Londres, desde Londres á San Petersburgo; que en diez minutos de intermedio se declinen diez años; si necesitas más, te concedo más: introduzco fantasmas y endriagos, resucita muertos, subo á las inexploradas regiones de los astros, desciendo al centro ardiente de la tierra; á todo me resigno, para todo estoy dispuesto, y únicamente pido á tu fantasía que me fascine, que me haga sentir, que separe mi espíritu, un instante sólo, de este mundo real, de esta vida material y ordinaria, y le haga entrar siquiera un ideal superior, un *adán*, aspiración constante de todo ser que tiene alma para sentir, entendimiento para pensar; cuenta, sin embargo, con apoderarte primero de mi ánimo; cuenta con no descuidar nada que pueda hacerme recobrar mi razón, porque rotó el encanto, quizá la que me hubiera parecido sublime acaba por parecerme grotesco; y en esto las exigencias están en razón directa de las concesiones: tanto más concedo, tanto más exijo.»

No es necesario decir ahora que sean cuales fueren las incógnitas que el poeta dramático se permita el llevar al teatro un suceso histórico, la mayoría del público las acepta y las da por buenas si le parece bien el drama. Indulgentemente un censor grave y severo sostendrá

que si el suceso no podía enerrarse en los límites de la fábula dramática, no ha debido llevarse al teatro; en vano enseñará que si es lícito una libertad moderada para modificar algunos hechos accidentales, si es lícito también —para dar movimiento á la acción—suponer pormenores de escasa importancia; suplir en ocasiones el silencio de los cronistas; llenar los vacíos de la historia, y hasta introducir algún personaje episódico; es contraproducente y revela falta de conciencia literaria llevar más lejos esa libertad; tales opiniones nunca podrán prevalecer, esas *pequeñeces* en nada disminuirán los aplausos que á la obra y á su autor se prodigan: ¿qué importa la verdad histórica al espectador si le hacen derramar lágrimas! Si se conmueve, si admira, si goza, ¿qué importa un anacronismo más ó menos! Si los hechos no han sucedido así, así deberían haber sucedido; el poeta ha obrado perfectamente enmendando la plana á la historia. Colocada la cuestión en este terreno, estamos en el caso de examinar si las condiciones literarias y el mérito artístico del drama *Doña María Coronel* justifican las licencias que con respecto á la historia han creído necesarias los autores.

Desapréndese de las mismas frases que entresacadas de la dedicatoria hemos reproducido, que para los autores, lo fundamental, lo dramático, el pensamiento esencial de la obra es el rasgo heroico de doña María Coronel. El rasgo es efectivamente dramático y admirable; una mujer hermosa y joven que se abraza el rostro para huir del impuro amor y evitar las deshonestas caricias de un rey apasionado, se presenta á nuestro espíritu como una figura grande rodeada de la aureola de lo extraordinario, de lo sublime.

Por desgracia, si una sola figura puede formar un cuadro, un rasgo sólo no puede constituir un drama, y la empresa de inventar una acción dramática en que ese rasgo apareciera, ofrecía muchas y no pequeñas dificultades. No aseguraremos que los autores las hayan vencido todas; pero si aseguramos que sólo con intentarlo habrían dado, si dadas necesitasen, pruebas de su verdadero y envidiable valer.

Eucariados, si así podemos decir, con la última escena, único fin y asunto exclusivo del drama, algo han descuidado los medios que á este fin conducían; resulta de esta descuidada bastante confusión en las escenas de los dos primeros actos, amontonamiento de sucesos en determinados casos, hechos y diálogos casi inútiles en otros, todo ello dirigido á justificar y á disponer el final del acto tercero. El espectador que por primera vez oye la obra, no puede comprender ni acierta á explicarse por qué tales y cuales hechos se verifican así y no de otro modo; sólo cuando es llegado el desenlace es cuando dice, como se usa en algunas comedias: *Ahora la comprendo todo*. Y en efecto, comprende lo que es la verdad; que el drama se reduce á una sola escena; que sucedidos los autores por lo grandioso del rasgo y lo sublime de la situación, se cuidaron poco de prepararla, distribuyendo —acaso en pocos días—las escenas, los diálogos y los episodios necesarios, no para dar interés, movimiento y animación al cuadro, sino para rellenar dos actos y la mayor parte de un tercero.

De esta precipitación en elaborar el trabajo, de este profundo desdén con que se ha mirado todo lo que no era la escena final, resulta una cosa, al parecer extraña, pero que se comprende fácilmente: es á saber, que un hecho histórico, ó cuando menos aceptado como tal, es inverosímil en el teatro.

La desesperada resolución de doña María Coronel, el ataque horrible y heroico al mismo tiempo de abrazarse el rostro, supone una situación extrema, sin más salida, sin otra salvación posible; supone, en una palabra, agotados todos los recursos y un último esfuerzo inevitable; ahora bien, como las conveniencias teatrales no permiten la presentación verdadera de ese último extremo, la protagonista del drama realiza su acción heroica ántes de lo que racionalmente podría presumirse: más natural habría sido que huiese de don Pedro, que maquinadamente, y sin darse cuenta de ello, se encontrase en una habitación sin salida, y una vez allí—siempre fuera de la vista del público—se arrojava á ese heroico medio de defender su honor:—volviendo, si así parecía conveniente, á dar el último grito á y caer, cubierto el rostro con las manos, en la escena.

Que el drama se ha elaborado en muy poco tiempo, difícil sobradamente la pobreza de los recursos dramáticos; lo injustificado de algunas entradas, por otra parte fáciles de justificar y en ocasiones innecesarias; lo contradictorio de algunos actos de un mismo personaje, y otras irregularidades que, dada la innegable competencia y el claro ingenio justamente celebrado de los autores, sólo en la falta de meditación puede tener su causa.

Que D. Juan de la Cerda y doña María Coronel se disparen mutuamente sendos sonetos al aparecer en escena, es sin duda de mal gusto; pero al cabo, siendo, como son, dos sonetos bastante buenos, el delito es perdonable; lo que no tiene justificación posible, porque ni es bueno, ni útil, ni sirve para nada en el plan de la obra, es la creación de un D. Diego de la Cerda, hijo de D. Juan, cuya falta no perjudicaría al conjunto ni al desenvolvimiento de la acción.

El recurso de la caída del caballo para motivar una entrevista de D. Pedro y doña María, no puede ser más cándido; el abandono en que dejan á su señora todos sus criados sólo porque un desconocido se lo manda, no puede ser más inverosímil. ¿No parece mucho más aceptable que á una señora desmayada se la separe del sitio en que una ocurrencia desgraciada le ha sucedido, para llevarla algunos pasos más allá dejándola al aire libre! Verdad es que también al aire libre dice D. Juan con notoria imprudencia que pretende matar al rey D. Pedro, el cual anda escondido por aquellas alrededores—como estamos hartos de ver en dramas y novelas—y se entera de todo.

Que los criados corran á dar al pobre D. Juan un disgusto inútil cuando ya doña María está sana y salva; que doña María tenga siempre la humorada de dormirse justamente en los más críticos momentos; que el sagaz D. Pedro no encarcele á los criados de don Juan de la Cerda, exponiéndose á que le pongan en libertad, como en efecto sucede; que dueño D. Pedro de la casa de su enemigo todavía se vea obligado á usar traidores para apoderarse de él; que D. Juan de la Cerda, personaje rebelde de tanta importancia, quede custodiado por un solo hombre; que el hijo de D. Diego haya por una ventana para salvar al padre y torne á entrar por otra ventana algunas horas despues con la intención misma de salvar á D. Juan; que éste, preso por segunda vez, aparezca de nuevo para reforzar el *tableau* del último acto, cosas son todas que nos ponen en grande confusión, y de las que no conseguimos darnos explicación satisfactoria.

También los caracteres se resentían de la precipitación con que se ha escrito el drama; y es que no impunemente se da tormento al ingenio, ni se fuerza á la inteligencia á terminar en pocos días lo que há menester estudio detenido y meditación grande.

El rey D. Pedro es simplemente un doncel enamorado y fogoso, intrépido y al mismo tiempo inexperto. Men Rodríguez de Sanabria, el caballero cuyo entereza y gravedad le dan carácter respetable en la historia, á nos presenta convertido en ridículo tercero de innumables amos. D. Juan de la Cerda es una especie de *héroe de su honor*, sin motivos para hacer lo que quiere y sin valor para realizar lo que intenta.

Aldonza, cruel en demasía, parece complacerse en hacer mal por el gusto de hacerlo.

Y aun la misma María, noble, digna, honesta, tiene que luchar con un amor que la empequeñeca. Mujeres como doña María Coronel no pueden amar á miserables como el rey D. Pedro, mil veces asesino y traidor mil veces. En otro caso esta lucha de doña María con su propia pasión hubiera contribuido á realzar y dar vida al personaje; pero dadas las circunstancias todas que á doña María rodean, esta de no haber aparecido para de obra y de pensamiento; y no haberlo hecho así, ó es una falta de prevision ó es una falta de buen sentido estético: el carácter resulta rebajado. Así y todo, doña María es la gran figura de la obra, y tanto en el final como en la escena VIII del acto segundo, diciendo:

Esta es la clara verdad
del alma, el labio perjuró
que ha manchado el beso impuro
de la torpe liviandad.

se ofrece á nuestros ojos grande, noble y digna. De sentir es que no continúe siendo franca y se entregue á pueriles temores indignos de ella, cuando por indicación de la incomprendible Aldonza vemos huir al rey por la habitación de doña María.

Por no hacer difusas estas meras observaciones que hemos procurado razonar y fundar, porque el nombre de los autores y aun las condiciones literarias del drama exigen por nuestra parte este examen minucioso, no citaremos lunares del drama suficientes á probar que la forma es lo mismo que el fondo: descuidada, desigual é incorrecta.

Admirables imágenes al lado de triviales comparaciones; pensamientos audaces entre ideas vulgares y sin elevación; lenguaje conciso y expresivo y poco despues palabras de relumbrón y rípidos de mal efecto; así que sepan celebrados los tres actos de rasgos felicísimos y de errores lamentables.

Nada más apropiado para desimpresionar el ánimo

conmovido con aquellas llamas y aquellos autores, que el lindo juguete *El cuarto desahogado*.

Obra ligera y de verdadera gracia. *El cuarto desahogado* no abunda en chistes de frase ni en ingeniosas ocurrencias. La gracia de esta comedia está en ella misma, en sus situaciones verdaderamente cómicas, y, en cuanto es posible, originales; no arranca al autor la risa a sus oyentes con un vocablo de aplicación equívoca, ni con un juego de palabras de conveniencia problemática, sino con las consecuencias que de su pensamiento se desprenden con naturalidad.

Demasiado sobrio, el poeta se ha limitado á bosquejar situaciones, á desflorarlas, por decirlo así; indica una y la deja inmediatamente. Esta sobriedad, lejos de ser un defecto, podría considerarse como un mérito si no fuese excesiva, dando por resultado un acto muy corto de lo que, sin gran esfuerzo, podría haber dado asunto para un juguete en tres actos regulares.

Esto no obstante, si en uno ó en otro extremo se ha de caer, vale más al autor dramático pecar por sobrio que molestar al espectador por difuso.

A. SANCHEZ PEREZ.

LA FIESTA DE LAS ROSAS.

Con la pompa acostumbrada celebróse el día 23 de abril último en Barcelona la poética fiesta de San Jorge, Patron del Principado de Cataluña, siendo extraordinarias la animación y alegría que reinaron en la feria de las flores que este año, como los anteriores, tuvo lugar en el patio del magnífico edificio que ocupa la Audiencia.

Infumosa era la concurrencia de fieles que acudían á visitar la capilla de San Jorge, y á oír misa en ella con piadoso recogimiento, desde las primeras horas de la mañana; á las cuatro de la misma el tribunal en pleno, presidido por su digno regente, cumplió, según costumbre, con este deber religioso, y desde aquel momento se permitió al público recorrer los espaciosos salones del santísimo monumento en que se administra la justicia.

Esta festividad, que caracteriza una costumbre esencialmente popular, se celebra en uno de los más hermosos edificios de España, en el cual se enlazan el mérito artístico y las tradiciones, los recuerdos históricos más importantes de la ciudad Condal; por lo tanto, hemos creído oportuno publicar el dibujo que nuestros lectores hallarán en la página 140, hecho sobre un precioso croquis que nos ha remitido nuestro amigo y coloso correspondiente artístico D. Eduardo Reventós, cuya lámina representa la feria de flores, especialmente rosas, que se ha verificado en el referido día, y se verifica en el mismo há muchos años, en el patio y al pie de la soberbia escalera principal de la Audiencia.

En esta parte del edificio el artista no sabe qué admirar más, si los atrevidos arcos del patio ó el ángulo de la galería del piso principal en lo más alto de la escalera, ángulo que se sostiene al parecer por maravilla del arte, pues carece de columna, como demuestra el dibujo. La escalera es bellísima, lo mismo que las caprichosas górgolas ó canales de la galería superior, causando el conjunto de este patio un efecto sorprendente.

Al entrar en la galería preséntase la capilla con su frente ojival y sus dos ventanas delicadamente labradas, lo mismo que los púnculos y sus lindos remates.

Saliedo de la capilla se encuentra el patio de los narajes, que contiene no pocos primores y sirve de acceso á las salas del tribunal, en las que hemos admirado los riquísimos tapices que las adornan y estudiado los retratos de la mayor parte de los monarcas de España, sin exceptuar los reyes godos, desde Ataulfo, y los condes de Barcelona desde Vifredo el Velloso, así como la estatua de San Francisco de Borja, virrey que fué del Principado.

El edificio es de la primera mitad del siglo xv, y se ignora el nombre del arquitecto que lo proyectó.

Muchos príncipes han invocado á San Jorge como protector de sus armas, pero en la corona de Aragón se le ha tributado además un culto particular desde 1094 en que se libró la famosa batalla de Alcoraguada por D. Pedro I de aquel reino.

La ciudad de Barcelona adoptó más adelante el estandarte de San Jorge (cruz roja en campo blanco); el grito de guerra de los barceloneses fué, *San Jordi, florí, florí*, y la antigua diputación de Cataluña consa-

gró bajo la advocación de este santo la capilla construida en su palacio, la cual con alguna parte del mismo pertenece actualmente á la audiencia territorial.

X.

EL HOMBRE AZUL.

Habéis dicho al hombre: «La piedad es la verdadera ciencia; no debes pasar por sabio, porque los que se precian muy sabios se han vuelto locos.»

SAN AGUSTÍN.

..... *Stultus tantum facinus.*
Sordiditas ex avaritia nudo dependet amictus.
VANGUANO.

I.

El excepticismo trivial de la sociedad moderna tiene su forma clásica de expresión, y esta forma es la ironía. ¡La ironía! Frivola cortesana del sabio racionalismo. Todo lo que es incomprendible, todo lo que vuela más alto que la razón escrutadora, todo lo que cruza el espacio con alas diáfanas, buscando la atmósfera en que viven las almas soñadoras, se expone á encontrar en el aire los dardos sutiles de esa zambona divinidad de nuestros días. Así, no extrañaré que la historia inverosímil que voy á referir me valga una de esas abrumadoras sonrisas con que el descocado positivismo del siglo remeda á su manera la ingénita ironía de Voltaire.

Dire, sin embargo, no para conjurar ese genio maligno, que no me inspira ningún respeto, sino para expresar mi propia incertidumbre, que en el extraño caso que hoy por vez primera me resuelvo á referir, hay algo de sobrenatural, explicable tal vez por una alucinación momentánea, pero relacionado con un suceso extraordinario, de cuya realidad tengo perfecta conciencia. ¡Ha sido un sueño, un delirio, una aberración! ¿ó será verdad que coexista con el mundo sensible un orden preternatural de cosas que no se revela á nuestros sentidos sino en ocasiones providenciales, interviniendo, por misteriosos fines, en las crisis solemnes de nuestra existencia?

No sabré decirlo: vivimos rodeados de misterios impenetrables, y cuando la razón orgullosa que pretendemos erigir en árbitra soberana del mundo moral, no alcanza á penetrar ciertos inscrutables secretos, nos refugiamos en los adarves del sarcasmo, ó resolvemos la duda por la negación: todo lo que es misterio se burla nuestro orgullo; todo lo que atrae nuestro espíritu hacia los espuecos crepusculares de lo sobrenatural, nos parece indigno de inteligencias destinadas á agitarse en los focos luminosos de la ciencia y de la razón.

Estos grandes alarides de emancipación y estos bríos del pensamiento, no impiden, por supuesto, que de vez en cuando, y como una humillación impuesta á la soberbia del siglo, los obreros del progreso, convertidos en ciegos instrumentos de un ídolo cualquiera, empuñen el hacha de la barbarie y aneguen en mares de sangre las ponderadas conquistas de la razón y del derecho.

Hoy mismo podéis preguntar á millares de madres y esposas en cuánto estiman la suma de progreso alcanzado desde las orgías de sangre de Gengis Kan.

Pero me aparto de mi propósito y no quiero prolongar este preámbulo. Dire, en resumen, que no escribo estas líneas para los espíritus blindados. Hay un alma sencilla y poética que no pondrá en duda el menor detalle de la historia que voy á contar, y á quien un incomprendible designio de la Providencia ha colocado en una de esas situaciones extraordinarias que fortifican la fé y acrisolan el sentimiento.

Para tí, mujer amada, para tí escribo estas líneas, por tí evoco el recuerdo de aquel día terrible. Tú no acogerás con sonrisa incrédula mis palabras; tú sabes que no es producto de la fantasía la escena extraordinaria que voy á recordarte; tú comprenderás que si he guardado hasta ahora secretos los detalles sobrenaturales de ese memorable suceso, ha sido por el temor de herir tu imaginación en los momentos en que una impresión violenta podía aerte fatal. Pero aunque te fueran desconocidos los hechos misteriosos á que me referiré, yo sé que me creerás; porque en tí alienta la fé sencilla, porque tú eres el espíritu amante que vive de más creencias y se asimila mis entusiasmos. ¡No sufras por mí y, sin embargo, crees en la felicidad!

A tí no necesito decirte *eres*, sino *escuchas*.

II.

Fue aquel un día de solemne tristeza; solemne digo, porque no sé como expresar aquella especie de inmensa niebla de melancolía que pasaba sobre la ciudad. El cólera diezaba á sus habitantes, y en los momentos á que me refiero elegía sus víctimas entre lo más distinguido de aquella sociedad por el talento, la cuna y la

belleza. Reinaba por todas partes un silencio de muerte; en las calles, casi desiertas, apenas se oía otro rumor que el que producían los carros fúnebres, haciendo estremecer en el hogar consternado el corazón de la madre ó de la esposa. La vida parecía haber renunciado á todo movimiento, consagrando á la muerte los últimos restos de actividad: hombres y mujeres, los unos tristes y sombríos, las otras con los ojos abrasados por las lágrimas y el insomnio, corrían á los templos en busca del pan del alma para los moribundos, ó se apresuraban á llevar al enfermo la medicina, casi siempre inútil, ó guiaban hacia la casa visitada por el terrible azote al médico fatigado, cuya cabeza inclinada al suelo, parecía anunciar la humillación de una ciencia estéril.

Por todas partes el movimiento denunciaba la presencia de la muerte; la actividad se absorbía en la inercia: la vida ordinaria, la vida *de los vivos* se arrastraba torpe y automática como una fantasma resignada á abandonar su morada al imperio de la muerte.

Y sin embargo, sobre este cuadro de inmensa desolación, el magnífico azul de los cielos resplandecía sereno y trasparente; el sol bajaba al ocaso entre espléndidas fajas de oro y grana, y en los jardines de la ciudad desolada, las aves caían á bandadas sobre las copas de los árboles agitando el ramaje. La naturaleza sonreía en el seno mismo de la muerte, y el ángel de la destrucción se cernía en aquella atmósfera diáfana y serena que convidaba á la vida y á la felicidad.

Experimentaba yo aquel día una pena indefinible, una vaga inquietud, y al propio tiempo el deseo de caminar á la ventura, sin designio, por maquinal impulso, por horror á la inercia. Obedeciendo á este ciego afán de locomoción enderecé mis pasos hacia la campiña, dejando la silenciosa morada de los vivos envuelta en su velo de tristeza. Pero á medida que me alejaba de aquel recinto desolado, á medida que á las imágenes de muerte sucedía la apacible soledad de los campos, el pensamiento, más fucado que la misma realidad, retocaba con pincel sombrío el funesto espectáculo que en pos de mí dejaba. Mi imaginación, entregada á la más teusaz, á la más cruel inventiva, recorría en la soledad un diapasón de dolores y de infortunios tan ingeniosamente terribles, que me obligaban de vez en cuando á agitar desesperadamente la cabeza, como si de este modo quisiera ahuyentar el vértigo que en mi cerebro producían.

Los que hayan atravesado una situación análoga á la mía, me comprenderán; los que hayan visto al ángel de la muerte batir las alas sobre la cabeza del objeto entrañablemente amado, sabrán hasta qué punto el corazón medroso es fértil en siniestros presentimientos, y en lúgubres imágenes la fantasía.

Una pasión rodeada de obstáculos me había llevado á aquella ciudad desolada, donde se hallaba mi única esperanza de felicidad. María, la mujer amada, estaba allí; una plaga mortífera amagaba su preciosa vida, y yo, sin pudiendo soportar la ansiedad de la incertidumbre, había salvado como febril inquietud la distancia que de ella me separaba.

Pero ¡ay! no podía pasar las horas junto á María; apenas se me ofrecía la ocasión de hablarla, y ni el consuelo de verla había tenido aquel día; esta era la causa de la inquietud que me devoraba y que tan terribles proporciones adquiría á medida que me alejaba de la población y que el silencio bohemno de la soledad hacía más perceptible la voz de mi corazón.

¡Oh seres amados! En esos momentos de suprema angustia en que vemos al génio de la muerte agitar sus alas sobre vuestra cabeza, qué gigantescas proporciones, qué inestimable valor adquiere á nuestros ojos cuanto en vosotros nos parecía amable en las serenas horas en que no nos afligía el temor de perderos! ¡Con qué tenacidad nuestra memoria recorre en un momento las páginas más bellas del libro de vuestra vida! ¡Con qué maravillosa fuerza de percepción distinguimos á la vez todos los perfumes exquisitos que en vosotros se encierran! ¡Con qué placer cruel sumergimos la vista en el tesoro que se nos quiere arrebatar, como si quiséramos hacer más y más irreparable el golpe con que nos amaga la muerte!

Estas imágenes sumergían mi alma en una tristeza profunda, y en vano luchaba por sacudir el yugo del pensamiento. Me detuve como si con la inacción del cuerpo quisiera retenir la actividad del espíritu, y alzó la cabeza para buscar distracción en los objetos exteriores. Entonces vi que mi paso maquinal me había conducido á la entrada de una frondosa arboleda, cuyo ramaje entrelazado cubría con una bóveda de verdura una deliciosa avenida, visitada en aquellos momentos por las brisas consoladoras de la tarde. Respiré con pla-



cer aquella atmósfera pura, y descubriendo mi frente ardorosa, recibí en ella el beso cariñoso que me mandaron las frescas hojas que susurraban sobre mi cabeza.

Érame desconocido el sitio en que me hallaba; pero atraído por la frescura de aquellos árboles que apenas dejaban penetrar á trechos, como cintas encendidas, los rojos resplandores del ocaso, penetré bajo aquel magnífico artesonado de la naturaleza, del que se desprendía, como un rocío benéfico, el plácido murmullo de la soledad.

Poco á poco la punzante sucesión de ideas que martirizaban mi espíritu fué degenerando en vaga melancolía, y las imágenes dolorosas ó terribles se adormecieron en mi pensamiento. Entónces, para dar otro curso á mis ideas, quise absorber la imaginación en un trabajo poético, comenzado en los serenos días que había venido á turbar la terrible calamidad. En efecto, mis ideas comenzaban á tomar el nuevo rumbo que les imponía mi voluntad, cuando vino á distraerme un ruido acompasado.

Volví la cabeza y ví que hacía mí venía una caja de lúgubre aspecto, montada sobre dos ruedas y tirada por un caballo lento y negro como las horas del dolor. Rejía aquella siniestra máquina un hombre indolentemente reclinado en el pescante, apoyado el brazo sobre la grupa del sórdido animal y mal sujetas en su mano las inútiles riendas. Era el coche de los muertos.

El sombrío conductor venía cantando con voz baja, profunda y enronquecida por el alcohol. Al pasar junto á mí me miró con la fijeza obstinada y desnuda de expresión propia de los estúpidos, mientras el confuso gruñido de sus bronquios hacía apenas perceptibles las palabras de esta copla vulgar, cuyo sentido melancólico contrastaba singularmente con la fría y monótona entonación del cantor:

¡Qué triste que va la luna!
Las estrellas la acompañan;
¡Qué triste que va el que pierde
A la prenda que más ama!

¡Por qué cada una de estas palabras penetró como una punta de acero en mi corazón? ¡Por qué la mirada automática de aquel hombre cuajó la sangre en mis venas? El ánimo predispuesto á la inquietud y al dolor volvió á poblarse de imágenes siniestras, y otra vez asaltó mi espíritu el pensamiento avasallador que era en aquellos días el tormento y la miseria de mi vida.

Mis ojos, fascinados por no sé qué dolorosa fuerza de atracción, siguieron por algunos momentos el fúnebre convoy que lentamente se alejaba á lo largo de la alameda. Inmóvil al pie de un árbol le ví perderse en los últimos términos del ramaje sombrío, mientras despertaba en mi interior un impulso febril, una impaciencia nerviosa que me impelia hácia delante con poder irresistible. Sabía ya dónde me hallaba. Aquella hermosa alameda era el camino de la nada... A lo lejos, en el extremo límite, se representaba la última escena de un drama de muerte y desolación... Allí iba á resonar el último gemido de un inmenso dolor... Era el camino del cementerio.

Dejéme llevar del impulso ciego que me arrastraba en pos de la caja fatal. El incierto resplandor del crepúsculo empezaba á dar á los objetos esos contornos vagos sobre los cuales dibuja á su placer la fantasía las imágenes más extrañas. Las ramas agitadas por el soplo de la brisa, se balanceaban como fantasmas silenciosas.

(Se continuará.)

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

REVISTA

DE LOS TRABAJOS DE LAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES CIENTÍFICAS,
ECONÓMICAS Y LITERARIAS.

Con cuánta satisfacción tomamos la pluma para reseñar de vez en cuando los principales hechos y trabajos de nuestras academias y corporaciones científicas y literarias, puede comprenderlo sólo quien, como nosotros, aplaude la constancia de nuestros cuerpos literarios en difundir los buenos estudios, el celo que distingue á casi todas las sociedades útiles por la mejora de las costumbres, los adelantos de las artes, y los progresos de todo interés social y humanitario. Y tanta mayor satisfacción nos cabe en la modesta empresa de señalar los estudios y los trabajos de esas asociaciones sabias, cuanto que la época porque atraviesa nuestro país no es ni con mucho apropiado para las especulaciones de la ciencia, conmovido el ánimo de los más por las interesantes luchas de los partidos políticos.

Entre las corporaciones estudiantas de nuestra patria



SALIDA DE UNA PARTIDA CARLISTA DE ONDARROA (VIZCAYA).

que más bien, con más afán y acierto saben contribuir á la general ilustración, ocupa lugar distinguido la Sociedad Económica Madrileña. Próxima se halla ya á cumplir un siglo de existencia, un siglo de laboriosos desvelos por la educación de la juventud, el fomento de toda clase de proyectos y mejoras útiles, el apoyo de todo esfuerzo de caridad y de virtudes. Su lema es *socorrer enseñando*. Vasto campo abierto al patriotismo de sus socios, porque no es posible afiliarse á las filantrópicas sociedades que se llaman *económicas*, sin sentir entrañable amor á su país y á sus conciudadanos. El indiferente y el egoísta, no es capaz de asociarse para el bien, bajo el generoso lema de *socorrer enseñando*. Otro año ha transcurrido, y no por eso ha disminuído el celo de sus socios, ni su afición al trabajo, tanto más digno de alabanza, cuanto que la ejercitan en el silencioso retiro en que celebran sus sesiones, verdaderamente importantes y de utilidad trascendental en beneficio del país, que les considera como sus mejores amigos.

Difícil es reseñar las mil diversas ocupaciones que la laboriosidad de los individuos de tan importante corporación les ha hecho emprender y llevar á cabo durante el año 1871. Divididos, según costumbre, en comisiones, mientras unas han deplorado en sentidas necrologías el fallecimiento de algunos de sus individuos, tales como los Sres. Catalá de Valeriosa, Moulaú y Matos, otros han emitido informe sobre el aparato del

mecánico D. Juan Garrañ y Mariné, destinado á medir la corriente de los ríos, y otro del mismo inventor para sustituir las campanas de bucear; sobre las *regillas oscilantes con depósitos de aire caliente*, inventadas y construídas por D. Gabriel de Usera y D. Alejandro Goujer, y otros adelantos no ménos útiles. La fabricación de cristales diáfanos decorados al cromo, imitación de las antiguas vidrieras pintadas, ha merecido que la Sociedad propusiera á los fabricantes Sres. Monte y Matas para el uso de su escudo. En atención al mérito manifestado por D. Francisco Moratilla, diamantista y platero, al construir el collar que, según la ley, ha de ostentar el ministro de Gracia y Justicia, como insignia de su elevado cargo, la Sociedad Económica ha propuesto al ministro de Estado para la gran cruz de Isabel la Católica al Sr. Moratilla. Este nuevo distintivo para las grandes solemnidades consta de treinta medallones de oro, cuyos centros ostentan figuras alegóricas, abultadas y cinceladas en chapa, ó atributos de la justicia y otros oportunos emblemas, con trabajo artístico muy esmerado. En primer término aparece España, representada por una matrona, y convenientemente se ven distribuídas las figuras que simbolizan las cuatro Virtudes Cardinales, así como la Ley, la Virtud, la Sociedad, la Clemencia y la Legislación española, en la persona de D. Alonso el Sabio. Sobre los otros medallones campean las insignias de las cuatro órdenes militares, el libro y la espada de la ley, una

serie de ojos miniados sobre esmalte, para significar la vigilancia; y por último, cierra el collar el escudo de las armas de España, con sus cuatro cuarteles heráldicos. Ocho de los medallones con figuras tienen alrededor dos culebras esmaltadas, que se entrecruzan por entre unos vástagos, y que imitan su color propio; y los demás llevan por orla una cinta esmaltada de los colores nacionales, que corre por entre los calados.

También la Sociedad concedió el uso de su escudo á D. Manuel Tejero y Alonso, maestro vidriero y hojalatero; al conocido fundidor, tipógrafo é impresor don Juan Aguado; al conocido fotógrafo D. Eusebio Juliá y García Nuñez; al litógrafo y grabador D. Agustín Zarragozano, y á los Sres. Sierra y Lesen, constructores de aparatos eléctricos, todos vecinos de Madrid. Y ya que la muerte impidió á la agraciada ver en sus manos el premio de 2.000 rs. con que el jurado de premios á la virtud distinguió á Florentina Loeches por sus actos relevantes de *caridad y benevolencia*, la Sociedad declaró á sus hijos con opción á recibir dicha cantidad. Por último, el jurado de la cátedra de taquigrafía declaró á fin del curso de 1869 á 1870 los premios á los alumnos de la misma que ya constan en el resumen del año anterior.

Al inventor del aparato llamado *Tecusfon* tenía concedido la Sociedad, ya hacia tiempo, un certificado de mérito por los adelantos que su laboriosidad había alcanzado en dicho aparato; premio igual al obtenido por

D. José María Sánchez, que presentó á la Corporación una colección de ensambladuras dignas de atención y mérito. Habíase también concedido *mención honorífica* á una Memoria presentada al concurso de 1868, escrita contra las trabas impuestas al comercio por muchas leyes que hoy están en completo vigor. *Mención honorífica* merecieron también en el concurso citado, y en la sección de artes, las bujías esteéricas de las fábricas *La Rosario*, propiedad de los Sres. Pereda y compañía, de Santander, y de *La Aurora* y *La Estrella*, de D. Fermín Perla, de Madrid. Por contribuir á los fines de la Sociedad, que anhela la difusión de los conocimientos útiles, fué premiado con una *Carta de aprecio* D. Manuel Soco y Shelly, autor de la novela titulada *Historia de un grano de trigo*; y por su bomba de un sólo cuerpo mereció igual distinción el Sr. D. Antonio Montenegro y Van-Halen, que hoy es su consocio.

En demanda de aliento unas veces y de protección otras, acuden también á la Sociedad no pocos ilustrados industriales, que conocen cuánto conviene centralizar los conocimientos y los adelantos, para que desde ella trasciendan á más lejanos confines que los de sólo la capital de la monarquía por medio de las publicaciones que la Sociedad promueve. Con tan laudables fines, presentó muestras de chocolates D. Dámaso de Barrenuégos, laborioso fabricante de Ciudad-Real: una medalla de oro, que tenía grabada para la academia de Granada, D. Juan Sáinz de Grageda; la empresa Bañolas y compañía, establecida en Madrid con el propósito de generalizar la adopción del aparato llamado *instalamiento contra incendios ó mato-fuegos*. Lo presentó á la Sociedad, de que se hizo un ensayo y se harán otros en mayor escala. De los individuos mismos de la Sociedad, recibe ésta continuas pruebas de incansable interés por los trabajos de su instituto.

Celosa de continuo la comisión inspectora de la cátedra de taquígrafia, presentó en 3 de junio á la Corporación la reforma de algunos puntos del reglamento especial por que se gobierna la cátedra escolar. En junta de 11 de febrero presentó el Sr. D. Felipe Salvador y Aznar una proposición para que una Comisión especial estudiase con urgencia la unificación y arreglo de la Deuda pública, y propusiese lo que para este asunto importante fuese más conveniente. El Sr. Campo y Navas promovió en junta de 18 de febrero un asunto, que después ha ocupado la atención pública, y está llamado á tener algún éxito, si es que aún no se ha extinguido el amor al país y la previsión nacional. Nos referimos á las bases de una asociación patriótica de auxilio de calamidades públicas que dicho señor presentó, y las cuales fueron tomadas en consideración después de apoyarlas su autor, acordándose el nombramiento de una comisión especial que las estudiará, y propusiera en consecuencia lo que juzgara oportuno. El Sr. Somoza Piñeiro, socio corresponsal, remitió á la Sociedad en 15 de abril unos artículos insertos en *La Paz* de Lugo acerca del uso del sifon con aplicación al riego de los prados naturales. El Sr. Cantillo presentó en 23 de setiembre una proposición para que, en atención al interés que hoy encierra el mejor cultivo de los parques y jardines de Madrid, no sólo para el embellecimiento y salubridad de la población, sino para el desarrollo de la floricultura y horticultura, se nombrase una comisión especial que estudiase este asunto y propusiese lo que hubiese lugar; y la Sociedad la tomó en cuenta después de apoyarla su autor. En junta de 4 de noviembre leyóse un oficio del Sr. Díaz Pérez (D. Nicolás), acompañando una Memoria sobre el *sequoia gigante*, árbol procedente de California, que se propone adelantar en España. Leída por su autor que se hallaba presente, la referida Memoria, se acordó que pasase á exámen de la sección de Agricultura, cuyo acuerdo se cumplió en 7 del mismo, y en este día dispuso la sección que informase una comisión como procedía.

En fin, persistiendo la Sociedad Económica Madrileña en sus firmes propósitos de valerse de cuantos medios le sugiere su celo por los públicos adelantos, ha anunciado como de costumbre un programa de premios, dando temas, importantes todos, en los ramos de agricultura, artes y comercio. Creemos que nuestros lectores nos agradecerán su reproducción, dando así también una prueba del interés de *La Ilustración de Madrid* para difundir tan interesantes noticias.

En Agricultura.—1.º Título de socio sin cargas y medalla de oro al autor de la mejor Memoria sobre este punto: «Origen, estado y progreso del cultivo de la caña de azúcar en nuestras provincias meridionales...» 2.º El mismo premio para la mejor Memoria sobre el «Estado, progreso y porvenir de la cría de la cochinilla en el territorio español...» 3.º Igual recompensa para la mejor Memoria sobre el «Modo de propagar la instrucción

primaria en las poblaciones agrícolas y en las clases jornaleras...» 4.º Medalla de oro al que pruebe tener la mayor extensión de terreno, que no baja de cinco hectáreas, destinado al cultivo del algodón en el año actual dentro de la Península é Islas adyacentes, remitiendo muestras en rama ó hilado.

En Artes.—1.º Título de socio sin cargas y medalla de oro al autor de la mejor Memoria sobre el «Aprovechamiento industrial de las materias bituminosas de origen mineral que hay en la Península...» 2.º Igual recompensa para la mejor Memoria sobre la «Fabricación mecánica del papel de tina, ó sea no encolada en la pasta...» 3.º Medalla de oro al que presente los mejores instrumentos cortantes que reman á su finura y esmerada fabricación la baratura, y que sean especialmente aplicables á la cirugía, presentando muestras de los mismos.

En Comercio.—1.º Medalla de oro al autor de la mejor Memoria sobre el tema siguiente: «Exámen de las causas inmediatas de las huelgas de los obreros, é indicación de los medios que actualmente puedan adoptarse para hacerlas perder todo carácter perjudicial...» 2.º La misma recompensa para la mejor Memoria sobre el «Estado comparativo de la supresión de la contribución de consumos en Bélgica y en España; é indicación del modo de hacer durable y fructuosa dicha reforma en las poblaciones españolas...» 3.º La misma recompensa para la mejor Memoria sobre el «Desastoso del tabaco; sus ventajas é inconvenientes, y medios de llegar prontamente á él sin esusar perjuicios al Estado ni á los particulares...» 4.º Medalla de plata al autor de la mejor Memoria sobre el «Comercio exterior de España, artículos que le alimentan, causas que influyen en su total movimiento, y modo de remover los obstáculos que se opongan á su desarrollo...»

Como complemento de su programa, la Sociedad ha publicado además las siguientes advertencias: Las personas que aspiren á los premios 4.º de Agricultura, y 3.º de Artes, deberán acreditar que los productos que remiten son auténticos.

Las Memorias y objetos se han de presentar en la secretaría de la Sociedad, plazuela de la Villa, núm. 3, piso bajo, de doce á cuatro de la tarde, en pliego cerrado y sin firma; y en él sobre un lema cualquiera, al que acompañará otro pliego también sellado y lacrado, que contendrá la firma y domicilio del autor, y en el sobrescrito el mismo lema de la Memoria, el que sólo será abierto en caso de merecer su trabajo alguno de los premios.

La Real Academia de Medicina de Madrid ha inaugurado también sus sesiones y tareas del presente año, pero no sin dirigir una mirada retrospectiva á los trabajos y sucesos ocurridos en la misma durante el año 1871. Mientras otros deciden los problemas que quedan comprometer más ó menos gravemente el porvenir de la civilización; mientras otros estudian los medios de perfeccionar la máquina administrativa y de llegar á la legislación más justa y á la más sabia organización del Estado, las sociedades médicas, como dijo el secretario de la misma Sr. Nieto Serrano, en su discurso de inauguración, tienen entretanto la especial misión de redactar pacífica y libremente los proyectos de leyes higiénicas y terapéuticas, que al cuerpo profesional corresponde preparar y sancionar después. Hé aquí por qué se trató con el interés que requiere el tema de la profilaxis y terapéutica de las viruelas, bajo los diversos puntos de vista que ofrece al estudio, bajo el aspecto crítico, teórico y práctico, llegando á la propuesta y adopción de medios concretos de mejorar, al menos en nuestro país que tanto lo necesita, la situación actual.

Otra discusión importantísima que ha ocupado á los individuos de la corporación médica de que nos ocupamos, ha sido la relativa al traumatismo, la supuración y la fiebre; y con estas discusiones han alterado la presentación de casos interesantes y de plémas de anatomía patológica y de teratología, diciéndonos sobre las enfermedades reinantes y comunicaciones de diversos géneros. Una de las más curiosas fué la que hizo un académico sobre nuevos descubrimientos de objetos pertenecientes al hombre prehistórico, porque no es ya solamente en el terreno cuaternario, sino en el terciario, donde sostienen muchos haberse hallado restos humanos ó artísticos. De confirmarse tales hallazgos, la antigüedad del hombre sobre la tierra se estaría á multitud de siglos, vista la diversidad de flores y de faunas que durante su existencia se habrían sucedido. Si llegan á presentar los naturalistas estas pruebas, no como problemáticas, sino de modos convincentes, será preciso también que reconstruyan de su cuenta la historia del origen de la humanidad, porque entonces la Biblia no

será otra cosa que los anales de una mínima parte de la Creación, como si dijésemos de uno de sus últimos actos dramáticos, de una de las últimas y más recientes manifestaciones de la existencia del espíritu sobre el globo; es decir, del hombre, porque al mismo globo, según sus deducciones, aún se le podría dar una vetustez mucho más remota, insondable en los arcanos de la eternidad. Creemos, pues, que estos estudios prehistóricos, puestos hoy en moda y que tanto llaman la atención de las imaginaciones dadas á lo maravilloso y amigas de penetrar en las lozangas de lo desconocido, necesitarán por algún tiempo prodigios de observación y de análisis, para llegar á construir con sólidas bases algo consistente que pueda derribar lo hasta aquí formulado y bien establecido.

Pero no menos interesantes que las literarias han sido las sesiones de gobierno de la Real Academia de Medicina, puesto que en ellas se han discutido muchos dictámenes de la comisión de medicina legal sobre asuntos áridos consultados por los tribunales de justicia. «Casos de supuesto infanticidio, de heridas, de lesiones de varias clases, han sido dilucidados, para depurar la verdad de los hechos y de las apreciaciones, modificando en su consecuencia el grado de culpabilidad de los acusados. Cada día se comprueba más que la administración de justicia, en lo relativo á las personas, apenas pueda dar un paso sin el auxilio de la medicina, á la que está confiado el conocimiento del hombre físico y de la considerable influencia que la parte orgánica no puede menos de ejercer en la moral...» Hé aquí por qué la Academia es de parecer, y así lo manifestó en su sesión inaugural, que hoy que el individualismo va consolidando los derechos particulares, no siendo lícito al Estado disponer de las personas sin respeto á su autonomía, sería de desear que el servicio médico-forense se organizara cuanto antes, de acuerdo con las instituciones modernas, para que diese de sí todo el fruto que pueda exigirse en beneficio de los intereses sociales. «La Academia, dijo el Sr. Nieto Serrano, echa con frecuencia de ménos en los procedimientos que se someten á su juicio, la copia de datos que convendría tener presentes para decidirse con acierto; lo cual depende de que á menudo se confían los primeros y más útiles procedimientos á profesores desprovistos de instrucción y práctica especiales, y hasta de título bastante para entender como peritos en tales cuestiones. Fundada en estos motivos, ha encargado á su comisión de medicina legal la redacción de un documento en que se haga presente á la superioridad la improcedencia notoria de algunas actuaciones, en que figuran personas incompetentes y hasta practicantes ó ministrantes, cuya intervención en asuntos médico-legales es de todo punto injustificable...»

Dolorando la Corporación la pérdida de los señores don Pedro Felipe Monlau, D. Gregorio Escalada y don Rafael Saura, ponderó como era sabido sus talentos y sus servicios, y como ansiando reparo por el dolor de la pérdida de hombres ilustrados, de sabios tan modestos como útiles á la humanidad, comunicó á los asistentes á la pública recepción el nombramiento de otros individuos, en cuyos estudios y reconocido celo funda halagüeñas esperanzas. Pero aún lleva más allá la Academia su culto por la prosperidad y los adelantos de la ciencia, pues no sólo atrae y lleva á su seno á las notabilidades médicas, eligiendo nuevos socios de número y corresponsales nacionales y extranjeros, sino que ofrece á la juventud estudiosa y á los extraños á su asociación, premios según tienen más ó ménos bien las condiciones propuestas en sus programas. Para los ofrecidos en el presente año no ha habido opositores, gracias sin duda al creciente obstáculo que las ansiedades políticas presentan cada vez á los trabajos literarios y á las especulaciones de las ciencias. Y ¡quién ha de atreverse á emprender estudios y trabajos para ofrecer á la consideración de nuestras academias, para dentro de uno ó dos años, cuando nadie sabe si el malestar público le permitirá dedicarse á ellos dentro de seis meses; cuando nadie puede asegurar si el continuado combate de las revoluciones y de las reacciones de este desgraciado país habrá respetado la existencia de esas mismas corporaciones! Sin duda por esta no ha habido quien haya optado á los premios ofrecidos para el presente año. Y la Academia de Medicina, en su vista, los ha prorrogado para el venidero.

No terminaremos la reseña de esta reanudación de tareas que ha hecho la Real Academia de Medicina, sin consignar que en la referida sesión inaugural leyó un dotabilísimo discurso el socio D. Ramon Sánchez Merino. Con gran copia de datos, con oportunas reflexiones y fácil y correctísimo lenguaje, llamó la atención de los concurrentes ocupándose de *la influencia de los climas en la salud del hombre*. Recorrió las diferentes y aun

opuestas condiciones de los climas; examinó cómo modifican la naturaleza del hombre; qué caracteres tan diversos, así físicos como morales, separan á los habitantes de los distintos países; qué enfermedades adquieren por las solas influencias climatológicas, y qué variedad de medios hay que emplear para combatirlas, aunque al parecer son idénticos en su esencia. Y como consecuencia de todo, confirmóse el erudito académico en la idea de que como consecuencia de la influencia de los climas en la salud del hombre, es indispensable estudiar el cosmopolitismo, y averiguar si es posible que el hombre se aclimate en los diversos puntos del globo. En la misma Academia de Medicina, ha tenido lugar la solemne recepción del académico electo D. Miguel Colmeiro, doctor en medicina y ciencias y distinguido botánico, contestándole al discurso que leyó el doctor D. Sandalio Pereda y Martínez.

También la Biblioteca Nacional ha celebrado su reunión pública, presidida por el director general de Instrucción pública, y honrada con la asistencia de muchos literatos, artistas y personas distinguidas. La existencia de la Biblioteca Nacional se desliza con la asiduidad y constancia en el estudio de que tienen dadas pruebas los empleados de aquel establecimiento literario. No pueden pedirse allí grandes progresos, grandes innovaciones ni mejoras. No puede esperarse la brillantez que merece tan importante ramo, sin que aquel vetusto establecimiento sacuda la mano de hierro que le aboga. Encerrado un tesoro literario inmenso entre cuatro paredes sin posibilidad de ensanche, llegará día en que almacén deberá llamarse más que biblioteca, y en que no podrán entrar lectores ni asistir empleados, porque los libros y papeles, creciendo siempre, echarán á unos y otros fuera de la casa. Pero trasladese el cúmulo incalculable de impresos, folletos y manuscritos al futuro edificio del paseo de Recoletos, y la Biblioteca Nacional de Madrid adquirirá la lozanía, la importancia que merece, porque podrá extender sus riquezas y manifestar y brindar con ellas á los amantes de toda cultura. Urge, pues, que el Gobierno, sea el que fuere, no vacile en gastar dinero en una empresa tan útil, tan grandiosa y patriótica como es la continuación y conclusión del proyectado edificio para biblioteca y museos, y sólo entonces serán dignos estos establecimientos públicos de la nominación que merecen, y de ser considerados entre los más notables de Europa.

Entretanto continúan las adquisiciones y no cesa el celo y entusiasmo de sus empleados. Se han escrito para los índices, durante el año último, 11.524 papeletas; se adquirieron por compra 645 volúmenes, 82 periódicos, alguno de muchos tomos; 2.437 folletos, 4 mapas y 19 manuscritos. Por cambio se adquirieron más de 24.000 fotografías y 201 obras dramáticas manuscritas, casi todas autógrafas de escritores modernos. De corporaciones y particulares ha recibido el establecimiento numerosos regalos de obras, y del archivo del ministerio de Estado se remitiéron 60 volúmenes de varios tamaños, procedentes todos de la librería de Felipe V y tres hermosas esferas. Durante el año se sirvieron al público 74.947 pedidos de libros; 60.948 con 1.712 manuscritos para la lectura de día, y los 22.987 restantes para la de noche; de éstos, 65.112 en castellano, 6.945 en francés, 1.118 en latín, 211 en inglés, 207 en italiano, 192 en griego, 87 en alemán, 30 en árabe, 21 en hebreo, 5 en lengua basca y 4 en tágal. Pertenecientes á ciencias y artes, 38.262; á historia, 12.781; á bellas letras, 10.903; á jurisprudencia, 6.418; á enciclopedias y periódicos, 5.307; á teología, 1.530. Se ha formado nuevo inventario de los efectos de la Biblioteca que no son libros, y un proyecto de reglamento interior.

FLORENCIO JANER.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

DE

D. ALVARO ROMEA.

(Continuación.)

A esta sazón llegaban á aquel sitio los soldados, y por el lado opuesto descendía el Sr. Francisco con su gente. Los sublevados hacen su última descarga y Manuel cae en el dintel de la puerta por donde iba á entrar, arrojando un caño de sangre por su pecho.

Viéndose los rebeldes acosados por todas partes, em-

prendieron la fuga y cada cual trataba de guardar su piel sin curarse del vecino.

Por fin y á fuerza de correr pudieron algunos escabullirse de la garras de sus perseguidores y entre ellos el Sr. Francisco.

No pudiendo, pues, volver á sus casas, y teniendo que ocultarse de las tropas que incessantemente los buscaban, se resignaron á pasar la noche en medio del campo, lo más escondidos que pudieran.

Pasó, pues, la primera noche sin novedad, y lo mismo la segunda y la tercera; pero al llegar la cuarta, muerta aquella gente de hambre, de frío y de cansancio, empezaron á murmurar por lo bajo y á quejarse amargamente de su situación, añadiendo que los habían engañado, pues les ofrecieron el oro y el moro, y hasta entonces sólo balas, hambre, frío y cansancio habían visto.

De estas desventuras le echaban la culpa á Francisco, que fué el que los comprometió, y cada uno le maldecía para sus adentros.

Al quinto día ya no pudieron resistir más y armaron una trifulca con el Sr. Francisco, diciéndole alto y en su cara lo que los días anteriores decían bajo y á escondidas de él.

Atufóse el general en jefe con la insubordinación de sus soldados y emprendió á palos con ellos.

Estos, al verse tratar de tal modo, hartos que ya del Sr. Francisco estaban y deseando vengarse á las primeras de cambio, así que encontraron esta ocasión no la desperdiciaron, y que quisieran que no, le ataron de pies y manos y echándole un nudo escorridizo al cuello, le colgaron de la primer encina que vieron cerca.

Después, y como si temieran que yéndose de allí lograra descolgarse, descargaron todas sus escopetas sobre él, dejando más brechas en su cuerpo que agujeros tiene una criba.

Así concluyó el Sr. Francisco, verificándose en él aquella copla que dice:

En casa del jabonero
Aquel que no cae resbaló:
Y en este mundo redondo
Quien mal anda, mal acaba.

Bien podemos decir que aquel pobre hombre se fabricó él mismo la cuerda con que le ahorcaron.

XIX.

Después de los acontecimientos anteriormente relatados, traté de informarme del estado de mis conocidos del pueblo, y empecé por Carmencilla, la hija del señor Francisco, á quien no pude encontrar por más que hice.

Y hablando de Carmen, inmediatamente me ocurre ir á enterarme del estado de su antiguo novio.

Pepe está como loco, ha perdido su padre y su fortuna en aquel día desgraciado: sólo le queda su madre; pero en tal situación, que la hubiera valido cien mil veces más haber corrido la suerte que su desventurado consorte.

El Sr. Francisco entró con su gente en casa de Pepillo, y esta trató de impedirles la entrada; pero lograron fácilmente sujetarlo y le hicieron presenciar la muerte de su padre, y la muerte moral y casi material de su pobre madre.

Esta infeliz mujer quedó tan mal parada, que milagro de Dios será que viva.

Tal era el tormento de Pepe, que ni aun tenía el consuelo de poder contar sus penas.

—¿A quién le contaré yo
Lo que á mí me está pasando?
Se lo contaré á la tierra
Cuando me estén enterrando!...

Exclamaba el muchacho á cada instante.

Hay desdichas que ni el más amigo pueden confiarse, aunque se tenga la certidumbre de que las sabe.

Permítidme que sin concluir de daros noticias de los conocidos que aún tenemos en el pueblo, y puesto que hablamos de Pepe, os diga lo que á este muchacho acontecía ocho meses después de lo que acabo de relatar.

La buena de su madre había adquirido una enfermedad incurable, pero de esas que atormentan durante muchos años al infeliz que las padece.

Todas las muchachas huían del galán mariposa, y hasta sus mismos amigos evitaban su trato.

Esto le hacía repetir muy amenado:

¡Mis amigos me desprecian
Porque me ven ahitado!...
¡Todo el mundo corta leña
Del árbol que está caído!

Andaba siempre triste y cabizbajo; le creían loco y nadie le hacía caso.

Pero no me explico, sin embargo, por qué todo el mundo le abandonaba, si, como decían, era cierto que se había trastornado su razón. Á no ser que la caridad hubiera cuando ocho meses antes saquearon el pueblo aquellos foragidos.

Hecho, pues, esta especie de paréntesis, volvamos á visitar la casa de nuestros amigos.

La familia de Manuel se había libertado, como pobre, de las garras de la gente del Sr. Francisco, si bien no se escapó de tener una pena bastante considerable.

Á Manuel le habían reconocido algunos mozos del pueblo cuando le condujeron en una camilla al hospital de la ciudad inmediata, y como le vieran pálido como la muerte y respirando con dificultad, supusieron que aunque entonces daba señales de vida, poco sería el tiempo que le quedaba de existencia.

Dicho esto á la familia del chico, su padre sin pérdida de tiempo púsose en camino y fué á cerciorarse del estado de su hijo.

XX.

Sólo nos falta saber de Carmen, Antonia, María y el tío Pedro; hé aquí lo que luego supe de ellos.

El Sr. Francisco, cuando las tropas desalojaron á los rebeldes de su primera posición, encontró ocasión oportuna de poner en práctica el pensamiento que tenía de vengarse de la pobre Antonia, y comunicándose á la cuadrilla de foragidos que con él llevaba, se dirigieron á casa de la madre de María.

Carmencilla, que aún estaba cerca de su padre, hubo de oír las órdenes del Sr. Francisco, y echó á correr en dirección de casa de Antonia á ver si podía librarla de las garras de aquella gente.

Apénas tuvo tiempo Carmen de decirle á Antonia el peligro que la amenazaba, cuando oyeron que trataban de derribar la puerta principal de la casa. Entonces el tío Pedro, armado de su fusilón, se situó en la sala para proteger la salida de las mujeres que huían por la puerta falsa.

Luego que lograron salir de la casa, guiadas por Carmencilla, llegaron después de dos horas de camino á una aldea, donde encontraron caritativa hospitalidad hasta que les fuera posible regresar á su pueblo. El tío Pedro, cuando cayó á sus pies hecha pedazos la puerta de la casa de Antonia, hizo fuego sobre el primero que intentó entrar. Pero como los que le atacaban eran muchos y el que se defendía uno solo, sucumbió el pobre viejo á manos de aquellos asesinos.

En cuanto lograron entrar aquellos foragidos, al ver que las dos mujeres habían logrado escaparse de entre sus manos, prendieron fuego á la casa por sus cuatro costados.

Entonces fué cuando subió Manolo, y desde aquí en adelante ya conocemos lo que pasó.

Conforme fueron serenándose las cosas, llegaron hasta el retiro donde se encontraban Antonia y las dos muchachas las noticias de la muerte del tío Pedro á manos de la cuadrilla del Sr. Francisco, que á esto le habían asesinado sus mismas camaradas, y que el pobre Manuel quizá habría dejado de existir á aquellas horas.

Bacuse detenerme en contar el efecto que hicieron estas noticias en el alma de aquellas mujeres.

Antonia, en fin, viendo que Carmencilla hubiese quedado sola en el mundo, le indicó que desde aquel día fuera la hermana de María.

Negóse Carmen en un principio, pero tanto instaron Antonia y su hija que al fin hubo de ceder, aunque á decir verdad no eran sus intenciones el quedarse á vivir con ellas para siempre.

XXI.

Vuelto ya todo á su mismo ser y estado, alquiló Antonia una casa en su pueblo, en tanto que componían la suya.

Casi todos los días, después de vivir Carmen, María y Antonia en su nueva casa, tenían noticias de Manolo; y aunque el muchacho no había muerto aún, como quiera que además de la herida que recibió en el pecho tenía la mano izquierda atravesada de un balazo, y siendo fácil que tuvieran que amputársela, los médicos no sabían si sus fuerzas resistirían aquella operación.

Trascurrido un mes, ó poco ménos, Antonia andaba muy preocupada deseando hablar á solas con Carmen; pero además de que la muchacha esquivaba la entrevista, que sin duda debía presumir, la madre de María tampoco tenía valor para abordarla.

Una mañana, en fin, después que se levantaron de la cama María y su madre, buscaron á Carmen por todos lados y Carmen había desaparecido.

Creyeron, no obstante, que alguna cosa urgente la ha-



DESCANSO DE UNA COLUMNA DE TROPA DESTINADA A OPERAR CONTRA LOS CARLISTAS (PUENTE DE BURQUI, CAMINO DE LUMBIER, EN NAVARRA).

dría ocurrido, pero, sin embargo, las puso aquello en bastante cuidado.

Viendo que no volvía, decidióse Antonia á salir en su busca; y al acercarse á una mesa vió encima una carta cerrada cuyo sobre iba dirigido á ella. La abrió Antonia sin pérdida de momento, y leyó:

«Hace unos días que he adivinado que Vd. ha comprendido ya el *por qué yo no podía ser hermana de María.*

«¡No tengo valor para seguir al lado de Vds!

«Me voy lejos, muy lejos, adonde no me conozca nadie.

«Á María que pida á la Virgen por mí, y que nunca olvide este consejo que la da su infortunada amiga:

Otra bien desde un principio,
Que en este mundo, sin duda,
No hay deuda que no se pague,
Ni plazo que no se cumpla.

«Si Dios oye aún mis oraciones, la bendición del cielo caerá sobre Vds.

CARMEN.»

Gran pena causó esto á las dos, y Antonia, por si aun era tiempo de impedir las abandonara Carmencilla, salió en su busca, pero todo fué inútil: había partido ya del pueblo que la vió nacer.

Carmen se alejó de casa de Antonia, sin recursos de ninguna especie, y sólo á fuerza de angustias y privaciones y viviendo de la caridad pudo llegar á un pueblo distante veinte leguas del suyo.

Allí se puso á trabajar en las faenas del campo.

Al principio iba sólo al trabajo; pero como á los tres meses, asistía á sus quehaceres con una niña en sus brazos, tan bonita como cuando su infortunada madre vivía en su pueblo sin penas ni cuidados.

Las fatigas del campo, las continuas privaciones, las hondas heridas del alma y los tristes recuerdos del pasado, la hicieron enfermar á los dos años no cumplidos de aquella vida, y en el pueblo donde estaba apenas encontraba recursos para la subsistencia de ella y su hijo.

Anteriormente he dicho que no me explicaba por qué razón huían de Pepe sus amigos, y ahora fácilmente me lo explico.

En el pueblo se supo despues de la desaparición de Carmen lo mal que Pepe se había portado con ella, y que ni las lágrimas de arrepentimiento de aquella pobre niña, ni los ruegos de la que sería madre, pudieron ablandar su corazón.

Y desde entonces andaba mal mirado de todos, y odiado en particular de las mujeres.

¡Qué razón tenía Carmen! En este mundo,

¡No hay deuda que no se pague,
Ni plazo que no se cumpla!

(Se concluirá.)

CANTARES.

De la tierra á la tumba
Solo hay un paso;
De la tumba á la gloria
¡Sabe Dios cuántos!

Jesús halló un Cirineo
En la cuesta del Calvario;
Yo en la pasión de mi vida
Sólamente hallé Pilatos.

José de FUENFRA.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses.	22 rs.	Medio año.	55 »
Medio año.	42 »	Un año.	100 »
Un año.	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMERICA Y ASIA.	
Tres meses.	30 »	Un año.	240 »
Solo meses.	56 »	Cada número suelto	
Un año.	100 »	en Madrid.	4 »